



CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DE ESTUDIOS AVANZADOS
DEL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL
Sede Sur
Departamento de Investigaciones Educativas

Leer entre libros
Uso del espacio y prácticas de lectura compartida en la
Biblioteca Vasconcelos

Tesis que para obtener el grado de Maestra en Ciencias con la
Especialidad en Investigaciones Educativas

Presenta

Teresa Martínez Cabrera
Licenciada en Lengua y Literatura Hispanoamericanas

Directora de tesis
Dra. Elsie Rockwell Richmond
Doctora en Ciencias

Febrero, 2017

Para la elaboración de esta tesis se contó con el apoyo de una beca del
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
(CONACYT)

Resumen

En esta tesis presento la relación que se construye con la cultura escrita en un espacio público como la biblioteca Vasconcelos. Como eje central, analizo a la lectura en grupo como una práctica social a través de un enfoque etnográfico. Presento cómo la biblioteca Vasconcelos se resignifica a través de algunos usos fuera de los tradicionales a los que están sujetos los espacios bibliotecarios. Para ello, describo algunos casos de apropiación del espacio público y cómo se producen diversas prácticas en torno a la cultura escrita. Analizo las relaciones que se tejen entre la lectura y algunos colectivos de lectores que utilizan la biblioteca como punto de reunión para estudiar, leer o realizar distintas actividades en los lugares dispuestos para el público. Para abordar esta investigación, tomé en cuenta un concepto sociocultural de la lectura, surgido de la línea de investigación llamada *new literacy studies*. Para ello, consideré a la lectura no como un dispositivo cognitivo, sino como práctica social.

Palabras clave: prácticas de lectura en grupo, biblioteca Vasconcelos, cultura escrita, *new literacy studies*, apropiación.

Abstract

In this thesis I examine the relationship with literacy constructed by the users of public libraries, such as, in this case, the José Vasconcelos Library in México city. As a central dimension of the ethnographic study, I analyze reading in groups as a social practice. I show how the José Vasconcelos Library as a public space is signified through various uses beyond the traditional practices to which many Library spaces are subjected. I describe some examples of the appropriation of public spaces and show how diverse practices are produced that involves literacy and written culture. I then analyze the relationships that are woven between different manners of reading and the activities and practices undertaken by several groups or collectives of readers who use the library as a meeting point to study, to read or to perform different activities in places that are available to the public. To approach this problem, I take into account a sociocultural concept of reading, which emerged from the New Literacy Studies. I considered “reading” not only as a cognitive competence, but also as a social tool.

Key words: reading, library practices, group reading, the Vasconcelos Library, *new literacy studies*, appropriation.

Índice

Capítulo I

<i>Introducción</i>	9
1.1 Investigar la lectura en una biblioteca ¿un problema?	9
1.2 Algunos estudios sobre la lectura en México	14
1.3 Enfoque metodológico	17
1.4 Referentes teóricos	20
1.5 Un poco de la historia de la biblioteca Vasconcelos	24
1.6 Estructura de la tesis	28

Capítulo II

<i>Los laberintos de la Vasconcelos. La apropiación de los espacios de la biblioteca</i>	31
2.1 El primer piso: un largo pasillo con múltiples salones	32
2.2 A un lado de la entrada principal, el fluir de la biblioteca	37
2.3 Otros usos del espacio bibliotecario	38

2.4 El aire que rodea a la biblioteca, el jardín	41
2.5 La biblioteca Vasconcelos también es espacio de lectura	42
2.6 Los espacios del acervo: El segundo y el tercer piso	44
2.7 Servicios digitales	48
2.8 El acervo en estantería abierta	49
2.9 Un espacio vivo	51
2.10 La biblioteca no cambia, sólo se transforma	55

Capítulo 3

<i>La lectura, un enlace entre muchas prácticas</i>	59
3.1. La formación de grupos en torno a la lectura	61
3.2 Siguiendo el hilo de las prácticas lectoras	65
3.3 Los grupos clave: Los primos, El Bacho 2 y El taller de filosofía	67
3.3.1 Los primos en la biblioteca	68

3.3.2 Los chavos del Bacho 2	69
3.3.3 El taller de filosofía	70
3.4 Los textos a través de sus soportes	71
3.5 La reproducción de los textos	75
3.6 El tráfico de los libros	77
3.7 El acompañamiento lector	80
3.8 La lectura en grupo: del diálogo a la autorreflexión	86
3.9 El encuentro de muchas voces en un camino horizontal	90
Conclusión	95
Referencias	101

Para mamá y papá

Agradecimientos

En primer lugar agradezco a la Dra. Elsie Rockwell por el acompañamiento durante todo este tiempo. Fueron muy valiosas las horas de plática y a distancia de trabajo para este proyecto, pero sobre todo, agradezco la complicidad, el apoyo a las ideas y la motivación para llevar a cabo esta tesis. Sin su compañía, este trabajo no podría haberse llevado a cabo.

Agradezco la lectura atenta de la Dra. Iliana Reyes y la Mtra. Nora Gabriela Rangel además de las recomendaciones para enriquecer este trabajo. De igual forma, agradezco a todos los profesores que también fueron fundamentales en este proceso de aprendizaje: a la Dra. Inés Dussel, Dr. Eduardo Weiss, Dra. Alicia Civera y a la Dra. Ruth Paradise.

Agradezco a Daniel Goldin y el equipo de la biblioteca por abrirme las puertas de la Vasconcelos y brindarme el apoyo para llevar a cabo esta investigación. Agradezco de igual forma a Alejandra Quiroz por darme la posibilidad de acercarme a su trabajo y permitirme observar el fascinante mundo de la filosofía.

A Judit Vergara y Alma Espinosa por haberme introducido al maravilloso mundo de la lectura. Sus enseñanzas y todo su amor por los libros fueron contagiados profundamente en mí.

Agradezco a mis compañeros de la maestría que son inspiración y aprendizaje al mismo tiempo: a Meche, Sina, Erik, Edgar, Nayeli y Jorge por estar para mí siempre.

La lectura y comentarios de mis compañeros de seminario también fueron fundamentales durante todo este proceso: a Valeria, Susana, Julieta, Juan, Daniel, Esther, Male y Manuel muchas gracias.

Agradezco a mi familia por apoyarme en todo momento y desde la distancia ser luz y guía.

A mis cómplices de vida: Arisbe, Victoria, Christian, Alonso y Alán por las risas, la complicidad y el amor, por estar y ser.

Capítulo I

Introducción

1.1 *Investigar la lectura en una biblioteca, ¿un problema?*

En esta tesis presento la relación que se construye con la cultura escrita en un espacio público como la biblioteca Vasconcelos. Como eje central, analizo a la lectura en grupo como una práctica social, lo que dio pauta para acercarme al campo de estudio desde un enfoque etnográfico. Presento también cómo el espacio de la Vasconcelos ha sido transformado a través de algunos usos fuera de los tradicionales a los que están sujetas las bibliotecas. Para ello, describo algunos casos de apropiación del espacio público y cómo se producen diversas prácticas en torno a la cultura escrita dentro de un lugar como la biblioteca Vasconcelos.

Lo que primero llamó mi atención cuando conocí la biblioteca Vasconcelos fue la cantidad y la diversidad de las actividades que sucedían en este lugar. Después de haber hecho múltiples recorridos y conociendo un poco más este dinamismo, comprendí que la biblioteca Vasconcelos era un espacio con un diseño arquitectónico que no sólo permitía sino también propiciaba diferentes formas de contacto con la cultura escrita que no sucedían en otras bibliotecas públicas. De aquí surgió la inquietud de relacionar el espacio con algunas prácticas de lectura en sitios heterogéneos y abiertos a diferentes experiencias y posibilidades.

La intención de estudiar las prácticas de lectura en grupo y su relación con los diversos espacios de la biblioteca emergió a partir de distinguir a una gran cantidad de personas que asistían a la biblioteca aunque no acudieran a las actividades culturales programadas. Consideré especialmente importante comprender las experiencias de quienes por voluntad propia se encontraban en este espacio para llevar a cabo distintas actividades que se relacionaban con los servicios que ofrecía la Vasconcelos: consulta del acervo, uso del espacio y mobiliario, acceso a equipo de cómputo y conectividad a internet.

Del acercamiento a los *new literacy studies*, una corriente de investigación sobre la cultura escrita novedosa, retomé la idea de que la dimensión colectiva del acceso a estos servicios potencia la apropiación de la lectura, pues para Barton y Hamilton, “las prácticas

se pueden apoyar en el mundo individual como en el social, pero pueden ser entendidas más útilmente si se conciben como existentes en las relaciones interpersonales, dentro de grupos y comunidades, en vez de como un conjunto de propiedades que yacen al interior de los individuos” (2004, p. 113).

Por otra parte, existe un discurso establecido y generalmente negativo de que en México las personas no leen, que el contacto con los libros es nulo y que los dispositivos electrónicos están acabando con la cultura del libro. Todo este lenguaje de preocupación ante la evolución propia de las prácticas de lectura fue una de las motivaciones para llevar a cabo esta investigación.

Durante casi cinco años me dediqué a dar clases de literatura para jóvenes y talleres de promoción a la lectura a niños y adolescentes. En la cotidianeidad de mis clases, era notorio ver en algunos participantes una suerte de descontento por la lectura, pero cuando se lograba entablar una conversación en grupo a partir de lo que decía un texto, este descontento se transformaba en la ocasión de compartir una gran cantidad de experiencias. En esos momentos, incluso los que poco hablaban se animaban a compartir alguna anécdota referente a alguna lectura o algún texto que conectara con lo que comentábamos durante la clase.

En la biblioteca Vasconcelos tuve muchas posibilidades de acercarme a la cultura escrita para hacer esta investigación. Podía entrar a varios talleres coordinados por expertos en lengua y literatura o enfocarme en alguna sala temática, en donde la información que ahí se movía daba indicios de un problema específico. Sin embargo, la dinámica que ocurría en los pisos superiores de la Vasconcelos donde estaba acomodado el acervo atrapó mi atención, pues era similar a lo que sucedía también en mis clases de literatura y en los talleres que impartía. En los grupos que se reunían en los diferentes espacios del segundo y tercer piso, se notaba esta interacción entre las personas que iban a hacer alguna tarea o a reunirse por algún tipo de afinidad.

Cuando empecé a preguntarme más por estos colectivos de personas, comenzaron a surgir preguntas de investigación que dieron pie para problematizar a la lectura en grupo. En principio me interesaba saber quiénes conformaban y cómo se agrupaban los colectivos que asistían a la biblioteca Vasconcelos. A partir de considerar a los usuarios y sus necesidades bibliográficas, comencé a observar cómo los niveles superiores de la

biblioteca, el segundo y tercer piso, se iban poblando y modificando día con día a partir de las personas que se reunían ahí, motivados por diversas razones intelectuales, emotivas, escolares o laborales.

Según María Teresa López Avedoy, quien también realizó una investigación doctoral en la Vasconcelos (2016) “este es un recinto continuamente ocupado: durante 2014 y 2015 la biblioteca recibió aproximadamente 5 mil visitas al día, y casi el doble los fines de semana, convirtiéndose en uno de los espacios públicos culturales más visitados del país” (López, 2016 p.11). La toma de espacios públicos de esta naturaleza como la biblioteca Vasconcelos genera preguntas que se acercan a aspectos cuantitativos y a la tipología de los usuarios, para lo cual existen análisis y bases de datos.

En el año 2014 se realizó la *Encuesta de usuarios de la biblioteca Vasconcelos 2014* por parte de la dirección de la biblioteca Vasconcelos para conocer algunas características de las personas que asistían. Entre los datos que más destacaban era que “un gran porcentaje de visitantes eran jóvenes menores de 30 años (73.4% mujeres, 60.8% hombres) la mitad de este público incluía a personas en edad de iniciar la vida productiva (de 20 a 24 años), pero también a adolescentes y jóvenes de entre 12 y 22 años de edad” (2016, p. 11).

La biblioteca Vasconcelos contaba con un público muy diverso: poco menos de la mitad de sus visitantes y usuarios eran estudiantes (42.5%) y también contaba con gran presencia de trabajadores (31.1%) que incluía a profesionistas, comerciantes, técnicos, docentes, operadores, empleados, autoempleados o burócratas, entre otras muchas otras ocupaciones (2016, p. 12). Era evidente que la biblioteca se había convertido progresivamente en un espacio abierto a la diversidad.

Al progresar en el trabajo de campo, consideré necesario preguntarme qué hacían estas más de cinco mil personas que a diario asistían a la biblioteca, y qué pasaba en las interacciones que se llevaban a cabo en estos grupos transitorios que día a día poblaban este recinto, sobre todo en relación a las actividades que llevaban a cabo en torno a la cultura escrita. Cuando el foco de la investigación se convirtió en los grupos de lectores que se reunían en este lugar me pregunté cómo era la relación entre las personas que se apropiaban del espacio de la biblioteca y los servicios que ésta ofrecía. Las bibliotecas generalmente están dispuestas sólo a la consulta de material bibliográfico, al préstamo

domiciliario y en algunos casos, a la oferta de servicios digitales. En la Vasconcelos, en cambio, el uso del espacio se abrió mucho más allá, pues se iba modificando y adaptando a las más diversas prácticas que los usuarios llevaban a cabo y que exploré en esta investigación. Pero no era únicamente la toma del espacio lo fuera de lo común, sino cómo las personas que la utilizaban para otras acciones algunas veces terminaban involucrándose con la cultura escrita, razón de ser de toda biblioteca promover esta relación entre un acervo y el acceso a fuentes de información con las personas que recurren a ellas por una necesidad informativa. Pero esta relación del usuario con todo el material que proveía la Vasconcelos, en esta biblioteca se abrió más allá, generando espacios para otro tipo de prácticas, como tocar un instrumento musical, aprender algún idioma o ver películas también dentro de la biblioteca.

Algunas encuestas e investigaciones sobre la lectura se han concentrado en documentar cuántos libros se leen en los hogares mexicanos, cuántas palabras por minuto es capaz de leer un individuo y cuál es el grado de comprensión que llegan a tener las personas al leer un texto. Sin embargo, al ser partícipe de muchas interacciones alrededor del texto escrito en los grupos en donde tuve la oportunidad de dar clases, también surgieron otras preguntas referentes a cómo se llevaban a cabo las prácticas de lectura en grupo, cómo se compartían los textos o qué se decía y se discutía sobre una infinidad de temas que iban saliendo como un entrelazado entre el texto y las experiencias de cada participante.

Mi interés por la interacción alrededor del texto escrito llevó a otros cuestionamientos que me permitieron hacer una descripción más fina para dar cuenta de estos grupos de lectores que se reunían en la Vasconcelos ¿Qué y cómo se leía en grupo? ¿Qué hacían las personas a partir de lo que leían? ¿La lectura que llevaban a cabo era en impreso o en pantalla? ¿Utilizaban el acervo o llevaban su propio material? ¿Cómo se disponían estas personas frente a los textos? ¿Con qué herramientas contaban? ¿Cómo era la interacción entre las personas en torno al texto? ¿Cómo hablaban de lo que leían en grupo?

Estas interacciones entre las personas y su relación con la biblioteca responde a muchas circunstancias y motivos, pues para los autores en la línea de las *new literacy studies*, las prácticas de lectura son consideradas como “procesos sociales que conectan a

las personas entre sí y que incluyen conocimientos compartidos representados en ideologías e identidades sociales” (Barton y Hamilton, 2004, pp. 112, 113).

Hice muchas observaciones antes de lograr plantear el problema de la lectura como una práctica social colectiva. Cuando logré situar a estos grupos como eje de análisis de esta tesis, me di cuenta de que tanto estos colectivos como los individuos que asistían en solitario podían adjetivar a la Vasconcelos como un espacio vivido. Ellos dotan a la biblioteca de esa movilidad y fugacidad que se percibía día con día y que le daba al espacio una personalidad particular, con la que el público se familiarizaba. Pues como apunta Alejandro Parada, desde una perspectiva de la biblioteconomía:

Dentro de las bibliotecas se definen espacios que están en tensión expulsiva de sus límites. El verdadero nuevo espacio de estas agencias no deviene en ellas por sí o por su mera presencia, sino por su génesis y práctica bibliotecaria en otros espacios heterodoxos y que, en particular, no sean los clásicamente tradicionales (2015, p. 8).

Este tejido de cuestionamientos me llevó a considerar cómo el espacio bibliotecario fungía como lugar de apropiación de la cultura escrita y cómo se llevaba a cabo el encuentro entre personas, materiales y las actividades que ofrecía la Vasconcelos. Observar el acceso a los recursos que ofrecía la biblioteca me brindó una mayor comprensión acerca de cómo la convivencia y la interacción con otros lectores y soportes textuales era importante en la conformación de las prácticas y los procesos de apropiación, sobre todo para lectores novatos.

En este sentido, es clave para esta investigación el concepto de apropiación pues como apunta Elsie Rockwell con base en los trabajos de Roger Chartier:

El concepto de apropiación tiene la ventaja de transmitir simultáneamente un sentido de la naturaleza activa y transformadora del sujeto, y a la vez, del carácter coactivo, pero también instrumental, de la herencia cultural. El término sitúa claramente la acción en las personas que toman posesión de los recursos culturales disponibles y que los utilizan. Al mismo tiempo, alude al tipo de cultura arraigada en la vida cotidiana, en objetos, herramientas, prácticas, imágenes y palabras, tal y como son experimentadas por las personas (Rockwell, 2005, p. 29).

Este concepto es clave para esta investigación pues la apropiación “es un logro fundamentalmente colectivo, que ocurre sólo cuando los recursos son tomados y utilizados dentro de situaciones sociales particulares” (2005, p. 30).

1.2 Algunos estudios sobre la lectura en México

El estudio de la lectura ha sido abordado constantemente a partir de una mirada cuantitativa. En México se han llevado a cabo varias encuestas referentes a la lectura. En el año 2006 se llevó a cabo la *Encuesta Nacional de Lectura* (CONACULTA), en 2012 *El libro en cifras* (CERLALC), en 2013 la *Encuesta Latinoamericana de Hábitos y Prácticas Culturales* (OEI). En 2015 la *Encuesta Nacional sobre Consumo de Medios Digitales y Lectura* (IBBY México) y también en 2015 la *Encuesta Nacional de Lectura y Escritura* por parte del CONACULTA. En este tipo de encuestas se hicieron análisis de algunos indicadores relacionados al préstamo de libros de las bibliotecas escolares, al uso de los libros según el género literario y la mayoría de estas encuestas logró hacer un balance de cuántos libros leían los mexicanos según el nivel educativo al que pertenecían.

En 2015, el antropólogo Néstor García Canclini junto a otros estudiosos de la lectura como Verónica Gerber, Andrés López, Eduardo Nivón, Carmen Pérez, Carla Pinochet y Rosalía Winocur llevaron a cabo una antología de textos titulada *Hacia una antropología de los lectores*, en donde se promueve la búsqueda de nuevos caminos para la investigación sobre los lectores en México, y pone en juego los resultados de las encuestas realizadas sobre hábitos lectores, en donde por ejemplo se dice que en México se lee 2.9 libros al año (Canclini, 2016, p. 3). En la introducción a este texto, los autores se preguntan:

¿Qué podemos esperar de cada uno de estos caminos de investigación? Por ejemplo, de las encuestas. Estudiar cuántos libros por año se leen, cuánto tiempo al día o por semana parece todavía una pregunta pertinente si también se indaga cuánto se lee y escribe en pantallas. Para quienes más se han ocupado de los cuestionarios editores, funcionarios interesados en promover la lectura es indispensable reubicarla en una interrogación sobre cómo se lee (2006, p. 6).

Los textos de este libro recalcan la necesidad de hacer estudios cualitativos en torno a la lectura, que apelen a colocar a los lectores en el centro, además de poner atención a las

nuevas formas de lectura que están en pleno crecimiento, dadas las nuevas tecnologías y los soportes textuales que van cambiando la forma en que leemos. Esto da pie para formularse otro tipo de cuestionamientos que no únicamente apelen a una visión cuantitativa de los estudios sobre la lectura, sino que abran la posibilidad de ver más allá de las cifras para tratar de indagar cómo se producen estos procesos relacionados con la práctica de lectura.

Las disciplinas que abordan los estudios sobre la cultura escrita y las prácticas de lectura en bibliotecas son diversas y retoman diferentes perspectivas. En el caso de México se han realizado algunos estudios con un enfoque sociocultural sobre todo de prácticas de lectura. Retomo sobre todo algunas investigaciones realizadas en el Departamento de Investigaciones Educativas del Cinvestav, particularmente las que me permitieron enfocar y entender la dimensión colectiva de las prácticas lectoras.

Una investigación que indagó acerca del acceso a la cultura escrita fue elaborada por Judith Kalman en 2003, titulada *El acceso a la cultura escrita: la participación social y la apropiación de conocimientos en eventos cotidianos de lectura y escritura*. Kalman concluye que:

La presencia de los materiales escritos es necesaria pero no suficiente para dar acceso a la lectura y escritura: el acceso implica la convivencia e interacción con otros lectores y escritores, procesos sociales que hacen visibles las prácticas y los significados.

Con base en lo anterior, es evidente la importancia de la convivencia y la interacción entre los lectores, más allá de hacer únicamente una revisión de la disponibilidad de un acervo y del acceso de los usuarios a los recursos ofrecidos por la biblioteca.

En 2006, Florencia Ortega Cortez realizó una tesis doctoral titulada *Las prácticas de lectura en la biblioteca pública en el municipio de Chalco, estado de México, un acercamiento a las trayectorias de los lectores*. Esta investigación se concentró alrededor de las tareas escolares que se llevaban a cabo como un proceso colectivo dentro de la biblioteca escolar, donde diferentes personas como las madres de familia y los bibliotecarios también participaban en la realización de las tareas.

Al hablar con los usuarios de la biblioteca sobre sus experiencias de lectura, siempre referían experiencias vividas en un contexto social concreto y en interacción con los

otros. Los recuerdos –gratos o no– compartidos con los maestros, los padres o familiares y los bibliotecarios son fuentes de continuidad o discontinuidad en las trayectorias de lectura (2006, p. 125).

Según Ortega Cortez, la cualidad de la elaboración de una tarea compartida era dar continuidad o discontinuidad a las prácticas lectoras, reafirmando así la importancia del contexto social para la interacción con otros sujetos.

Otro antecedente que retomé para esta investigación fue la tesis realizada en 2009 por Martha Segura Jiménez (DIE-Cinvestav) quien analizó las prácticas de cultura escrita en las que participaron los miembros de la Red de Maestras y Maestros Animadores de la Lectura y la Escritura en una delegación del Distrito Federal. Esta investigación parte de la idea de que la lengua escrita sirve también como un auxiliar para la relación entre los profesores, y como un medio para que las personas se reconozcan individualmente como “portadores y productores de conocimientos”. En esta investigación fue muy claro cómo la socialización de los textos permitía una relación más estrecha entre las personas involucradas.

La lengua escrita les sirvió a los profesores como un auxiliar que les permitió llevar a fin sus tareas y relacionarse con otros sujetos (...) Además, recuperar, desplegar y movilizar los conocimientos previos que se poseen para la construcción de nuevos conocimientos, en las reuniones, representó para los integrantes un doble sentido: reconocerse como portadores de conocimientos y al mismo tiempo como productores de otros.

En esta misma línea, en el 2011, Nora Gabriela Rangel Santana realizó la tesis titulada *Apropiación de la política de lectura en la escuela. Entre la norma y la vida cotidiana*, en donde dio cuenta de cómo se llevaba a cabo un proceso de apropiación a partir de la llegada a las escuelas de *Los libros del rincón* como parte del Programa Nacional de lectura. Para la autora:

La apropiación que realizan los actores es diferenciada, aunque se encuentren en el mismo espacio y tiempo, debido a que cada cual presenta trayectorias diferentes. Lo vivido por estudiantes y maestros en su paso por la biblioteca escolar ha construido algunos sentidos compartidos (biblioteca es igual a orden), pero

también sentidos particulares en cada actor que responden en buena medida a sus historias personales.

Bajo esta perspectiva, esta tesis sostiene que la apropiación de las bibliotecas escolares no únicamente respondía a una política educativa, sino que además estaba relacionada a las trayectorias de cada lector.

Como se puede notar, hay diferentes estudios que abordan algunos factores y recursos que influyen en las prácticas de lectura. Por ello, me interesaba explorar en este estudio maneras de leer que se alejaban de las prácticas escolares y exploraban diferentes espacios de lectura. Dar cuenta de cómo se llevan a cabo las prácticas de lectura en grupo en la biblioteca Vasconcelos forma parte de una necesidad de replantearse cómo fijar la mirada hacia nuevas formas de lectura que surgen con las nuevas tecnologías, pero también de aquellas del pasado que permean y evolucionan, además de entender cómo estas nuevas formas de apropiación del espacio público están ligadas a emergentes prácticas de lectura.

1.3 Enfoque metodológico

Para llevar a cabo esta investigación tomé en cuenta una perspectiva etnográfica dado que es un enfoque que permite, según Elsie Rockwell, la articulación entre método y teoría (2009, p. 19). Ayudó mucho a comprender la dinámica del uso de la biblioteca haber participado de su cotidianeidad a partir de vivir la Vasconcelos como un usuario más, pues personalmente, tengo gusto por leer, estudiar y llevar a cabo mis tareas en bibliotecas de muy diversa índole. Fui usuaria de otras bibliotecas en la Ciudad de México, de la biblioteca central de la UNAM, la biblioteca del COLMEX Daniel Cosío Villegas y la biblioteca de México ubicada en La Ciudadela. Con estas visitas, pude contrastar aspectos que notaba entre la Vasconcelos y las otras bibliotecas, en donde la dinámica de uso era muy diferente.

Hice varias visitas a la Vasconcelos antes de comenzar a escribir los primeros registros para esta investigación. Primero traté de involucrarme y conocer cómo era la cotidianeidad en la biblioteca. Cuando logré focalizar mi tema de estudio, comencé a utilizar el diario de campo, donde hice registros a partir de varios aspectos. En principio,

me concentré en el movimiento que sucedía en la biblioteca según los días y los horarios en que la gente asistía; le puse atención al fluir de la gente por las tardes y las mañanas. En este proceso, me di cuenta de que el flujo de tránsito de usuarios era muy cambiante según el horario y los días. Así, me di cuenta que el sábado era un muy buen día para observar a los grupos que iban a hacer la tarea a la Vasconcelos. Este dato sobre la gran concurrencia de público en fin de semana lo constató de igual forma López Avedoy (2016 p.11) quien afirmaba que de los cinco mil que asistían diariamente entre semana, el sábado esta cifra se duplicaba.

Cuando logré conocer la dinámica de tiempo y espacio, comencé a poner más atención a los usuarios que iban en solitario a leer a la biblioteca. Me sentaba cerca de su lugar de trabajo y tomaba registros únicamente de lo que me llamaba la atención de acuerdo a lo que estaban haciendo, a las posturas que adoptaban y sobre todo cómo era la forma en que leían. Tuve varios acercamientos a personas de las que me llamaba la atención su actividad, puesto que hacían cosas en particular que no pasaban desapercibidas por lo poco común que eran para realizarse en este espacio. Así, tuve conversaciones informales también con otros usuarios que se me acercaban de forma amistosa para entablar alguna charla. La asistencia de los grupos y las personas casi siempre era intermitente. Algunas veces sí conseguí ver más de una vez a algunas personas, pero con los grupos no siempre fue así.

Una de las características primordiales de la etnografía es que “el referente empírico de un estudio etnográfico queda circunscrito por el horizonte de las interacciones cotidianas, personales y posibles entre el investigador y los habitantes de la localidad, durante un tiempo variable...” (Rockwell, 2009, p. 22). Así, logré establecer conversaciones cercanas con usuarios que me compartían las tareas asignadas, cómo habían llevado a cabo la búsqueda bibliográfica o algunas dudas que tenían también referentes a su trabajo.

Acercarme a los grupos dispuestos en el segundo y tercer piso fue un poco más complicado. Las agrupaciones se encontraban generalmente concentradas discutiendo, platicando, escribiendo o buscando información en los libros, y sentía que sería un poco agresivo acercarme a ellos para pedirles permiso de entrevistarlos o grabar su trabajo. Sin embargo, lo hice en varias ocasiones y algunos grupos aceptaron sin mayor problema,

aunque otros manifestaron su molestia y preferí no insistir para no sacarlos de las tareas en las que se encontraban.

Dada la diversidad que presentaban los usuarios y los grupos que asistían a la biblioteca Vasconcelos fue complejo delimitar una muestra específica de estudio. Los criterios de observación no fueron enfocados únicamente en las personas, sino que también influyeron los espacios y los horarios en los que asistían. Hice énfasis en delimitar a los grupos que según mis observaciones eran recurrentes. Los grupos que accedieron a participar fueron seleccionados bajo la característica de que debían estar usando algunos libros del acervo de la biblioteca, ya que también había otros pero que se encontraban realizando actividades que no necesariamente se relacionaban con la lectura.

Decidí utilizar, además del registro de observación en mi cuaderno, la grabación en audio de sus discusiones, siempre con el consentimiento de los usuarios. No obstante, no tuve registro en audio en varios de los grupos que observé. En cambio, pude acompañar muchos registros por fotografías que posteriormente me dieron una pauta bastante amplia para poder interpretar las posturas, los objetos y gestos que denotaban algunas expresiones no verbales. Esta mirada a la materialidad y gestualidad me permitió analizar desde otra perspectiva cómo iban interactuando estos grupos.

En algunos casos tuve la oportunidad de participar en las prácticas observadas, como en el caso de una pareja de primos que me permitió hacer junto con ellos todo el proceso de fotocopiado de los libros que iban a utilizar para su tarea. Interactuar de esta forma tan cercana con algunas personas me abrió la posibilidad de entender mejor cómo se tejía esta suerte de eventos relacionados con la cultura escrita.

Participé también en un taller de filosofía que la biblioteca ofrecía mientras yo realizaba mi trabajo de campo. En un principio, dudaba un poco de si las interacciones en este tipo de grupos podrían relacionarse con la investigación, pero posteriormente, me di cuenta de que había recurrencias que podían ser conectadas con los datos que se iban construyendo a partir de mis observaciones de las personas y los grupos que leían en la biblioteca. Este taller tuvo una duración de seis sesiones de dos horas y en este caso, hice únicamente el registro escrito de observación. Finalmente grabé entrevistas semi-estructuradas a algunos usuarios, personal de la biblioteca y asistentes al taller de filosofía.

Otra cosa que me permitió conocer un poco más a profundidad lo que la gente opinaba de la Vasconcelos fue el seguimiento de las redes sociales de la biblioteca, sobre todo su portal en Facebook, pues la información que transitaba por ahí era bastante significativa. Por ejemplo, se anunciaban las actividades y se hacían recomendaciones bibliográficas para los usuarios. Esta interacción digital también decía mucho acerca de cómo las personas visualizaban a la biblioteca, a veces de manera positiva, pero también de manera crítica al servicio y las carencias que encontraban.

En este sentido, el enfoque etnográfico a partir de las notas de campo, los registros, las grabaciones de audio y las fotografías que utilicé para armar mi objeto de estudio sólo cobran sentido a la luz de la información de contexto y de los conceptos teóricos que utilicé para armar el objeto de estudio. Así, documenté la actividad cotidiana de la biblioteca durante varios periodos de trabajo de campo en diferentes horarios, actividades y espacios, puesto que como característica primordial de la etnografía “el referente empírico de un estudio etnográfico queda circunscrito por el horizonte de las interacciones cotidianas, personales y posibles entre el investigador y los habitantes de la localidad, durante un tiempo variable...” (Rockwell, 2009, p. 22).

1.4 Referentes teóricos

Gran parte de la reflexión teórica sobre la lectura como práctica cultural se ha desarrollado en Francia. Varios autores han retomado sobre todo al filósofo Michel de Certeau, quien situó la raíz de la significación del texto en los lectores:

Si se trata del periódico o de Proust, el texto sólo tiene significación por sus lectores; cambia con ellos; se ordena según códigos de percepción que se le escapan. Sólo se vuelve texto en su relación con la exterioridad del lector, mediante un juego de implicaciones y de astucias entre dos tipos de “espera” combinados: el que organiza un espacio legible (una literalidad), y el que organiza un camino necesario hacia la efectuación de la obra (2010, p. 187).

La significación se construye en quien lee. Cada quien entiende de lo que lee en un texto de acuerdo a su propia vida; de Certeau continúa: “Barthes lee a Proust en el texto de

Sthendal; el televidente lee el paisaje de su infancia en el reportaje de actualidad. La televidente que dice de la emisión vista la víspera” (2010, p. 187).

Una guía conceptual para el análisis de prácticas de lectura en la Vasconcelos tiene que ver también con lo propuesto por Anne Marie Chartier y Jean Hebrard, quienes dicen de las bibliotecas que “una de las intenciones primordiales del establecimiento de las primeras era hacer del lector, aun cuando éste hubiera salido del circuito de la escolarización, un lector acompañado” (2009, p. 120). Esa significación, propia del individuo y sus experiencias en los grupos de lectores de los que hablo en el capítulo 3, dan cuenta de la importancia de la dimensión social de la lectura en espacios tan heterogéneos como la biblioteca Vasconcelos.

Por haber abordado esta dimensión social y cultural de las prácticas lectoras, considero pertinente situar en principio qué es lo que entiendo como *lectura* a partir de los trabajos de estos autores. Por ejemplo, Anne-Marie Chartier, investigadora francesa que ha estudiado discursos y prácticas lectoras en diversos contextos, refiere que:

La lectura es el paradigma del acto cultural, con sus lectores-viajeros que “circulan sobre las tierras del otro, nómadas que cazan furtivamente a través de los campos que no escribieron”. De cada encuentro marcante, cada quien sale marcado, transformado. Es decir, ni alienado (prisionero desposeído de sí mismo), ni intacto; es decir, no cambiado sino alterado, o sea, transformado y sediento por una nueva carencia. La recepción no es pasividad pura (2004, p. 80).

Siguiendo a de Certeau, la autora considera la recepción no como un acto de pasividad, sino todo lo contrario; es decir, aborda la lectura como una actividad de encuentros entre textos, entre personas y sus propias experiencias. Anne-Marie Chartier también propone que para la práctica lectora y su recepción lo importante es cómo se da una transformación de los lectores, sobre todo si tomamos en cuenta cómo se lleva a cabo en un proceso de educación impuesto, que se ha nutrido de prácticas surgidas de suelos culturales heterogéneos o conflictuales (2004, p. 80).

Para estudiar a la lectura como práctica cultural también es necesario conocer prácticas del pasado que han permeando el presente, y que muy posiblemente seguirán colándose a lo largo de los años a través de los nuevos soportes en los que se presenten

los textos, pues como bien apunta el historiador Roger Chartier: “la lectura siempre es una práctica encarnada en gestos, espacios, costumbres” (1999, p. 108).

Louise M. Rosenblatt, teórica literaria norteamericana que hizo sus estudios en Francia, por su parte exploró cómo la lectura es un proceso selectivo, constructivo y que se realiza en un tiempo y en un contexto particular. Ella describe a la relación entre el lector y los signos sobre la página como un movimiento en espiral que va de uno a otro lado, en el cual cada uno es continuamente afectado por la contribución del otro, es decir, del texto. (2003, p. 53). Pone en la misma línea de importancia al lector, en consonancia con el texto: “En la conformación de una experiencia literaria específica lo que el estudiante aporta a la literatura es tan importante como el texto mismo” (2003, p.107).

Para Rosenblatt, la lectura provoca un movimiento recíproco tanto del objeto leído como de quien aplica la acción, pero no como elementos desconectados entre sí, sino como una interacción que se complementa y contribuye siempre a nueva información a partir de un juego de transacciones:

El texto puede producir ese instante de percepción balanceada, una experiencia estética completa. Pero éste no será el resultado de la pasividad por parte del lector; la experiencia literaria ha sido expresada como una *transacción* entre el lector y el texto del autor. Más aún, tal como ocurre en la actividad creativa del artista, habrá factores selectivos que moldean la respuesta del lector. Éste llega al libro desde la vida. Se aleja, por un momento, de su preocupación directa con los diversos problemas y satisfacciones de su propia vida. Cuando cierre el libro volverá a pensar en ellos. Incluso mientras lee, esas cosas están presentes, probablemente como los factores más importantes que guían su experiencia (2003, pp.61- 62).

Además de ser una práctica cultural, social, movable y contextualizada en tiempos y espacios específicos, para Michèle Petit, autora francesa, la lectura es un arte que además de enseñarse, tiene también la cualidad de transmitirse, sobre todo a través de la familia en los primeros años de la infancia (2009, p.16). La lectura es una práctica que puede compartirse oralmente, no únicamente por la lectura en voz alta, sino también a través de varias acciones que la acompañan.

A la par con las teorías de estas corrientes sobre la lectura, me fue útil retomar el concepto sociocultural de la lectura, tributario de la línea de investigación iniciada en los años ochenta y conocida como *new literacy studies*. Incluye a una amplia red de investigadores, aunque a menudo se asocia con los antropólogos Brian Street en Inglaterra y Shirley Brice Heath en los Estados Unidos, quienes propusieron los conceptos de *literacy event* y *literacy practice*, como centrales para la investigación. El término de *literacy* no tiene un equivalente exacto en español (pues incluye tanto la lectura como la escritura, las relaciones con lengua escrita), aunque varios lo han traducido como literacidad (Zavala, 2004). Para efectos de este trabajo consideré la definición que proporcionan Barton y Hamilton, quienes consideran que es:

Una actividad localizada en el espacio entre el pensamiento y el texto. La literacidad no reside simplemente en la mente de las personas como un conjunto de habilidades para ser aprendidas, y no solo yace sobre el papel, capturada en forma de textos, para ser analizada. Como toda actividad humana, la literacidad es esencialmente social y se localiza en la interacción interpersonal (2004, p. 109).

En concordancia con esta corriente, para el estudio de las prácticas de lectura en la biblioteca Vasconcelos tomé en cuenta que las formas que se comparten para abordar los textos están moldeadas por instituciones sociales y que las prácticas letradas se dan de manera distinta en cada contexto social. Es decir, que muchas prácticas lectoras descritas por diversos autores provienen de un entramado histórico que ha evolucionado junto con los soportes textuales, los espacios de lectura y los cambios tecnológicos que tiene cada generación.

En años recientes, autores asociados con el legado de la *new literacy studies* han agregado otras dimensiones a la concepción de las prácticas lectoras en su perspectiva sociocultural, pero particularmente enfocada a la movilidad de los textos entre diferentes localidades. Una autora particularmente relevante en este campo es Catherine Kell, lingüista sudafricana. En el texto “Ariadne’s thread: Literacy, scale and meaning making across space and time” (2013), la autora retoma el mito del *Hilo de Ariadna* para dar cuenta de cómo los significados en los procesos de alfabetización se modifican según diversas circunstancias: para ella, ese “hilo” es el que hace que Teseo, quien se sumerge en el laberinto para vencer al Minotauro, se convierta en un héroe victorioso. Es decir, en

las trayectorias de lectura, este hilo se podría conceptualizar como el lazo que une el pasado con el presente, o el interior con el exterior, o enlaza entre sí la secuencia de prácticas en torno a un texto.

Kell considera que los conceptos clásicos de la *new literacy studies*, como “evento”, son demasiado estáticos y unidimensionales para la teorización de los procesos de significado y las decisiones de la vida cotidiana y su naturaleza multimodal. Se pregunta la autora entonces cómo se puede pasar de lo micro a lo macro. Recurre a las propuestas de Blommaert para intentar integrar el análisis de diferentes escalas espaciales y temporales en el estudio de las prácticas de lectura. Es decir, propone que en la interacción cara a cara en torno a los textos se descubren fragmentos de estructuras más grandes que inciden en las prácticas: los discursos, las ideologías lingüísticas, las categorías de identidad, los tropos de los maestros y las narrativas (Kell, 2013). La importancia de la recontextualización del texto para Kell radica en observar trayectorias de lectura a partir de diversas escalas; plantea que los textos permiten unir contextos, en donde diferentes trayectorias se permean entre sí.

1.5 Un poco de la historia de la biblioteca Vasconcelos

La biblioteca Vasconcelos ofrecía la posibilidad justamente de construir algunos nexos entre diferentes escalas tanto espaciales como temporales, que permitieran comprender algo de la gran heterogeneidad de prácticas y encuentros que observaba al recorrerla y convivir con los usuarios. Una historia relativamente reciente, que partió de una propuesta diseñada con una concepción novedosa de lo que debiera ser una biblioteca, ofrecía puntos de apoyo para interpretar los datos de campo.

La biblioteca se inauguró el 16 de mayo del 2006. Una de las intenciones para su construcción es que funcionara como el centro electrónico de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de México. Esta Red fue constituida en el año de 1983 y actualmente es coordinada por la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura; está conformada por 31 redes estatales y 16 redes delegacionales. Su intención “fue el establecimiento y desarrollo cuantitativo y cualitativo de los servicios bibliotecarios coordinados en todo el territorio nacional” (RNBP, 2013).

El antepasado directo de la Vasconcelos es la llamada Biblioteca de México José Vasconcelos que hasta 2006 fungía como el centro de la Red Nacional de Bibliotecas. A partir de la intención de dar continuidad y renovación a este lugar surgió el proyecto de la nueva biblioteca Vasconcelos. El edificio original que albergaba a la biblioteca de México era originalmente una fábrica de tabaco, ubicada en La Ciudadela de la Ciudad de México, según Felipe Garrido:

En 1987-1988, se realizó en este edificio un amplio proyecto de remodelación para aprovecharlo mejor y modernizar sus servicios. Uno de los principales objetivos de aquellos trabajos fue convertir a esta biblioteca en la cabeza de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, según lo estableció la Ley General de Bibliotecas promulgada en 1988” (2007, p. 46- 47).

Lo anterior da cuenta de que las necesidades espaciales se van adecuando a la rápida evolución de las prácticas, a los nuevos soportes tecnológicos que va adquiriendo la información y a la demanda de la modernidad a partir de los usuarios. A pesar del intento por renovar este espacio, Garrido (2007, p. 47) comenta que en la práctica, la institución desempeñó la función de cabeza de la Red Nacional de Bibliotecas públicas pero de manera sólo parcial, puesto que su infraestructura y sus recursos no estaban suficientemente actualizados. Por ello, fue necesario dar respuesta a las nuevas demandas de los usuarios del siglo XXI a través de

...redes y sistemas avanzados de cómputo, una central de telecomunicaciones, instalaciones que hicieran posible una rápida actualización tecnológica, infraestructura de capacitación en el propio lugar y a distancia, un centro de soporte técnico, y capacidad de almacenaje de grandes cantidades de información impresa y electrónica (2007, p. 48).

Sin embargo, la biblioteca de La Ciudadela cargaba sobre sí una problemática desde su creación: no había sido proyectada como un edificio bibliotecario, sino que fue adaptado para esta tarea. No había una conciencia arquitectónica que delimitara los espacios tanto para los acervos como para los lectores.

La historia de la nueva biblioteca Vasconcelos tiene un orden inverso a la de La Ciudadela. En 2001 se propuso un programa de modernización integral de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, donde se incluía un proyecto de transformación de la Biblioteca

de México de La Ciudadela, lo que incluía también la construcción de un nuevo edificio. El proyecto contó con el apoyo de Sari Bermúdez como presidenta del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y del presidente entrante, Vicente Fox.

En 2003, las secretarías de Educación Pública, de la Función Pública y de Comunicaciones y Transportes, más la Compañía de Luz y Fuerza del Centro y el Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos firmaron las Bases de Coordinación para destinar a la SEP tres predios contiguos a la Estación de Ferrocarriles de Buenavista para que allí se construyera el nuevo edificio (Garrido, 2007, p. 49).

Fue entonces que se tuvo que imaginar cómo sería la nueva casa que satisficiera las necesidades que la época requería. Había modelos posibles en otros países, notablemente el Centre Pompidou en París (creado en 1977). Este proyecto incluía una biblioteca pública con sala de lectura de acceso gratuito. El centro Pompidou tuvo un éxito rotundo desde su apertura, y en poco tiempo se convirtió en uno de los referentes culturales más concurridos de Francia.

En México, para el diseño del edificio de la biblioteca Vasconcelos, la SEP convocó a un Concurso Internacional de Arquitectura para llevar a cabo el proyecto ejecutivo. Hubo 592 propuestas pero el jurado integrado por cinco especialistas mexicanos y seis de otros países decidió que el proyecto ganador era el que estaba a cargo de un equipo de mexicanos liderados por el arquitecto Alberto Kalach, donde también participaron Juan Palomar, Tonatiuh Martínez y Gustavo Lipkau.

En la primera fase del concurso para la construcción de lo que sería la nueva biblioteca, el arquitecto Alberto Kalach propuso crear “un edificio lineal en paralelo a las vías de tren que parten de la estación Buenavista; sección simétrica que privilegia el espacio central-jardín botánico y solidez aparente de sus fachadas levemente inclinadas” (2007, p. 82). La forma de este lugar alude a la imagen de un arca, de un barco, de un museo o de un jardín botánico, aunque el aspecto sea variable para cada usuario que vive este espacio.

Transcurrieron dos años para que la ejecución de la obra, a cargo del CAPFCE, estuviera terminada. Tras la inauguración del edificio en 2006, se hizo evidente que su apertura había sido prematura, puesto que las instalaciones aún no estaban listas para recibir ni el acervo ni los usuarios, por lo cual en 2007 la biblioteca Vasconcelos cerró sus

puertas al público por filtraciones de agua que estaban dañando sus instalaciones así como por la carencia de servicios al público.

En 2008 la biblioteca Vasconcelos reabrió sus instalaciones tras 20 meses de que permaneció cerrada para su compostura. A pesar de los contratiempos, incluyendo la lentitud con la que se instalaron servicios básicos y para que se ampliara el acervo, es sobre todo a partir de 2012 que la Biblioteca Vasconcelos, bajo la nueva dirección de Daniel Goldin Halfon logró constituirse como ese espacio novedoso concebido por los arquitectos que diseñaron el proyecto original. Actualmente, la biblioteca Vasconcelos es un lugar de grandes dimensiones, abierto para todo tipo de público, situado en una zona urbana con una afluencia considerable de personas y rodeada por ambientes socioculturales diversos. Se ha transformado en un espacio muy diferente a la antigua biblioteca de La Ciudadela, pues su arquitectura fue pensada ex profeso para funcionar como una biblioteca para el *siglo XXI*. Así se creó un nuevo recinto cultural donde había una intencionalidad clara sobre lo que se quería forjar a partir de pensar en cómo deberían ser los espacios de la modernidad para leer, escribir, estudiar o hacer tareas. Por ejemplo, una de las intenciones del equipo de arquitectos que construyó la biblioteca fue vincular a la lectura con la naturaleza a través de espacios al aire libre:

(...) el nuevo equipamiento cultural ofrece al ciudadano la oportunidad de experimentar la lectura en contacto directo con el jardín, lo que aúna la vivencia intelectual con la sensorial. Así, pues, desde los primeros trazos, se pretendió lograr un acercamiento eficaz a la cultura y a la naturaleza, así como establecer una galería de arte permanente, con pinturas contemporáneas integradas en los principales espacios del edificio y esculturas dispuestas en diversos lugares del jardín” (Garrido, p. 86).

De este modo, fue posible establecer un vínculo espacial que entrelazara a la práctica lectora con otro tipo de experiencias, como el contacto con la naturaleza y la lectura al aire libre. No obstante, el diseño arquitectónico no fue suficiente para generar el ambiente que propiciara y permitiera la heterogeneidad de usos de la escritura que encontramos en sus diversos espacios, y más allá, de actividad cultural en torno a los textos, en sentido amplio.

La arquitectura propia de un lugar exige también necesidades que la época en turno demanda y las decisiones humanas para dar forma a estos proyectos se dan a través de debates de distintas naturalezas que responden a exigencias espaciales y temporales, pero también a requerimientos políticos y sociales.

La discusión pública que giró alrededor de la construcción y el funcionamiento de la biblioteca Vasconcelos se llevó a cabo entre los actores políticos de aquella época, los expertos en arquitectura, los programas de lectura y los que no veían un futuro para este lugar. Hoy en día, después de transitar por este proceso de disputa, el equipo a cargo de la Vasconcelos ha diseñado lo que puede considerarse como una forma de pedagogía pública. En este espacio, son los usuarios que asisten y se apropian del lugar los que exigen mejores servicios, más libros o mejor conexión, pero quienes también reconocen y se vinculan con la vida cultural que promueve la biblioteca Vasconcelos.

De hecho, la Vasconcelos se expande más allá de su espacio físico, pues llega a través de su sitio internet a todos los rincones donde haya usuarios potenciales. Los encuentros a distancia son evidentes en las redes sociales sobre el buen o mal funcionamiento de los servicios, pero también sobre los recursos, espacios y eventos que ofrece este lugar. Al interior de la biblioteca, se intensifican las prácticas lectoras; el contacto con los libros como objetos físicos no cesa de propiciar nuevos usos y descubrimientos de ese enorme mundo del registro escrito. En esta investigación, sólo abordo una fracción de lo que sucede, pues he buscado dar cuenta sobre todo de las prácticas colectivas en torno a los textos, particularmente entre lectores mayores, estudiantes y adultos, que se han apropiado de algunos de los numerosos espacios que ofrece la biblioteca.

1.6 Estructura de la tesis

La tesis se desarrolla en dos capítulos centrales, además de esta introducción. En el capítulo II, *Los laberintos de la Vasconcelos. Apropiación del espacio en la biblioteca*, muestro algunas formas de apropiación del espacio y su relación con la cultura escrita. Decidí retomar en el título la metáfora del mito griego del Minotauro, pues imagino a los usuarios como aquellos aventureros urbanos que se permiten la oportunidad de “perdersé” en el edificio de la biblioteca, aunque más pronto que tarde caen en la cuenta de que en

ella no hay por qué temerle al monstruo, sino que hay cosas majestuosas en el camino, aunque algunas veces el hilo no marque siempre por dónde transitar, pero para eso existe la inventiva de los nuevos lectores. En este capítulo me interesaba mostrar a la biblioteca más allá de sus usos comunes, pues si bien este espacio brinda los servicios bibliotecarios tradicionales como acceso a una estantería abierta, préstamo a domicilio de los libros o el préstamo de equipo de cómputo, muestro cómo los usuarios han ido transformando estas prácticas tradicionales del uso del espacio bibliotecario a otras de muy diversa índole.

En el capítulo II describo el espacio de la biblioteca Vasconcelos más allá del proyecto arquitectónico, que en sí fue importante para la constitución del edificio. Consideré que era también necesario observar la apropiación del espacio a partir de cómo las actuales autoridades de la biblioteca fueron destinando los espacios a diferentes actividades, desde la distribución del acervo hasta el salón para instrumentos musicales. A partir de la observación de los usos de los espacios de la Vasconcelos y de las prácticas lectoras llevadas a cabo en este lugar me interesaba sobre todo comprender cómo los usuarios interpretaban lo que era posible hacer en cada espacio de la biblioteca, y cómo le iban dando sentido a lugares específicos, independientemente de sus usos previstos o formales.

En el apartado 2.1 *El primer piso: un largo pasillo con múltiples salones*, describo las salas temáticas que se encuentran en el primer nivel de la biblioteca, a partir de cómo los usuarios ocupan estos lugares. En el apartado 2.2, *A un lado de la entrada principal, el fluir de la biblioteca*, describo los lugares más comunes en donde los grupos se situaban y preferían para llevar a cabo sus tareas. En el apartado 2.3, *Otros usos del espacio bibliotecario*, abordo la importancia que tiene el mobiliario para que las personas logren apropiarse de los espacios. Considero cómo desde la propia administración de la biblioteca hay una visión de permisividad para que incluso no sean sancionadas ciertas actividades que en otras bibliotecas serían prohibidas, como bailar, dormir o platicar.

En los siguientes apartados, describo el segundo y tercer piso de la biblioteca, siempre a partir del uso que le dan los usuarios. En el 2.4, *El aire que rodea a la biblioteca, el jardín*, exploro algunos de los elementos de la cotidianidad de la biblioteca, sus usuarios, algunas actividades y algunos usos fuera de lo común. Dedico los apartados 2.5

y 2.6 a los servicios digitales y el acervo con los que cuenta la biblioteca, y finalmente, presento la descripción de una actividad que se llevó a cabo en la biblioteca Vasconcelos, *La ópera espontánea*.

Titulé el capítulo III *La lectura, en enlace hacia muchas prácticas*. El objetivo es mostrar cómo se entabla la relación entre las personas alrededor de los textos escritos que retoman o examinan de manera colectiva. En los primeros dos apartados: 3.1 *La formación de grupos en torno a la lectura* y 3.2 *Siguiendo el hilo de las prácticas lectoras*, describo qué entiendo como una lectura compartida y acompaño estas reflexiones con los trabajos de Barton y Hamilton así como de Catherine Kell, que me ayudaron a situar a la lectura desde una perspectiva conceptual.

Posteriormente, presento a tres grupos de los que rescato algunas características de la práctica de lectura compartida. Los grupos son: *Los primos*, *El Bacho 2* y *el Taller de Filosofía*. A partir de algunas semejanzas y también contrastes entre lo observado en estos grupos analizo cómo es que se relacionaban en torno a la cultura escrita.

No es posible llevar a cabo un análisis de las prácticas lectoras sin voltear a ver la materialidad de la lectura (Rockwell, 2001) por eso, en el apartado 3.4 *Los textos a través de sus soportes*, 3.5 *La reproducción de los textos* y 3.6 *El tráfico de los libros*, recurro a la descripción de los elementos físicos a los que acuden algunos usuarios en la Vasconcelos.

En el apartado 3.7 *El acompañamiento lector*, 3.8 *La lectura en grupo: del diálogo a la autorreflexión* y 3.9 *El encuentro de muchas voces en un camino horizontal*, doy cuenta de algunas de las prácticas lectoras más significativas que logré reconstruir a partir de mi interacción con varios grupos de usuarios de la biblioteca Vasconcelos. La idea de pensar a la lectura como una práctica que enlaza con otras surge por el carácter social de la lectura, pues en todos los casos, el texto escrito estuvo presente y dio pautas para que muchos diálogos se echaran a andar.

Capítulo II

Los laberintos de la Vasconcelos. La apropiación de los espacios de la biblioteca



La gran galera y el jardín. La biblioteca Vasconcelos¹

Fueron muchos los recorridos que hice antes de lograr escribir los primeros registros para esta investigación, pero el camino que viajaba diariamente casi siempre era el mismo. Llegué a la Vasconcelos de todas las formas posibles: cuando había buen clima bajaba en el metro Revolución y tomaba la bicicleta, otras veces en el metro Buenavista o algunas veces por el metrobús. Caminaba algunos pasos sobre la avenida Insurgentes Norte para llegar al rincón donde se encuentra la puerta principal de la Vasconcelos, situada en el Eje 1 Norte Mosqueta, en la delegación Cuauhtémoc de la ciudad de México.

Fueron pocas las veces en que esta avenida lucía despejada del constante tráfico de automóviles y con poca gente, pues diariamente había un flujo bastante considerable por este lugar. Junto a la biblioteca Vasconcelos estaba la terminal del tren suburbano que conecta a muchas personas con el Estado de México, y sobre este edificio había una plaza comercial muy grande llamada Fórum Buenavista. Los sábados, después de estar algunas horas en la biblioteca, visitaba el tianguis del Chopo sobre Aldama, una calle paralela a todo lo largo de la Vasconcelos, un mercado en donde también se reunía una gran cantidad de personas.

¹ Imagen tomada de www.wikimexico.com

2.1 El primer piso: un largo pasillo con múltiples salones

La biblioteca Vasconcelos se impone sobre 250 metros de largo por 30 de alto. Sus dimensiones sorprenden e incluso intimidan. Quizá para la visita de primera vez fuera complicado ubicarse en este lugar, pues no era tan fácil entender la delimitación espacial de cada sala temática, del auditorio o de los acervos. Sin embargo, este espacio era como un rincón donde después de transitar por la calle llena de tráfico y gente, brindaba una especie de tranquilidad, pues la atmósfera cambiaba al llegar a un lugar fresco y sombreado, que contrastaba con lo caótico de la ciudad.

Cuando llegaba a la biblioteca, sobre todo por las tardes, iba hasta la zona de guardarrropas situados uno a uno casi a lo largo de la planta baja. En este lugar casi siempre me encontraba con muchas personas acomodando sus maletas, bolsos y mochilas y sacando el material que ocuparían para subir a la zona de trabajo. Cuando llevaba mi computadora no era necesario ir a los guardarrropas, sino que al subir a los pisos superiores, donde se encontraban los estantes y las mesas de trabajo, le mostraba al policía en turno que llevaba mi equipo de cómputo y asintiendo me dejaba pasar. Gracias a esa posibilidad, muchas mochilas y bolsos acompañaban a sus dueños durante el trabajo en la Vasconcelos, cosa que sucede poco en otras bibliotecas.

En mis primeras visitas conocí las salas temáticas de la planta baja. Casi a la entrada estaba la colección braille, que contenía materiales en formato braille y audiolibros de literatura y superación personal en cassettes y CD. Los materiales eran usados por débiles visuales y el personal ofrecía ayuda a quienes lo necesitaran.

Más adelante se encontraba la sala infantil, casi siempre ocupada por algunos grupos tanto de adultos como niños. Desde el pasillo se podía apreciar como un lugar muy acogedor y bonito. Esta sala estaba pensada para niños de los 0 a los 12 años; los bebés también tenían la posibilidad de estar en contacto con los libros, pues la biblioteca contaba con ejemplares para infantes en sus primeros años.

A pesar de que había una sala especializada para niños, alrededor de toda la biblioteca también se encontraban pequeños acervos infantiles con álbumes, cómics o novelas gráficas que cualquier usuario podía consultar. Estos libros casi siempre lucían

desacomodados, señal de su uso constante, pues estaban al paso y eran propensos a tomarse, hojearse, leerse o sólo agarrarse, y si a algún lector le convencía, este libro lo acompañaba durante su recorrido.

Casi para llegar al fondo de la biblioteca estaba la sala para las publicaciones periódicas, en donde a diario se lograba observar a mucha gente revisando periódicos y revistas. Esta zona era muy silenciosa, pues casi siempre las personas que consultaban este material impreso se sentaban en los sillones en solitario. En esta área también había algunas computadoras en donde se podían revisar periódicos y revistas en línea.

En el primer piso también se encontraban salas de usos múltiples, espacios en los que se llevaban a cabo actividades como talleres, cursos, charlas o ciclos de cine. En la sala multimedia había varias computadoras y se ofrecían materiales audiovisuales de muchas áreas del conocimiento. Ahí, los usuarios valoraban mucho los cursos de idiomas, y sobre todo las películas, que veían en ese mismo lugar usando audífonos. Durante mi estancia, se inauguró también la sala de lengua de señas, en donde se ofrecían servicios especializados para personas sordas y para los interesados en esta comunidad.

La sala de música, también en la planta baja, era un lugar muy apreciado en la biblioteca. Unos días después de que conocí la Vasconcelos, un joven llamado Ubaldo me abordó y me dijo que si me gustaría escuchar una pieza que él tocaría en el piano; accedí y caminamos hacia la sala de música. Desde la entrada era posible observar toda una colección de CD's con música de todo tipo: jazz, pop, clásica o folklórica y también grabadoras para poder escuchar cualquier disco así como pantallas de televisión para ver algún concierto. El chico que me llevó a la sala musical me dijo que estudiaba ingeniería civil en el Politécnico y que en ese momento no tenía clases, pues su universidad estaba en huelga, así que le gustaba ir a la Vasconcelos a tocar el piano y aprovechar que entre semana no había tanta pelea por los instrumentos, pues en esta sala hay varios pianos, violines y guitarras que se prestan a los usuarios. Era extraño observar a las personas concentradas moviéndose con el instrumento y disfrutando de la interpretación, en un ambiente silencioso, pues sólo ellos escuchaban el sonido mediante los audífonos conectados a cada instrumento.

Ubaldo me comentó que los sábados la gente hacía cola para poder ocupar los instrumentos, sobre todo el piano “porque es un instrumento caro que casi nadie puede tener”. Conectó sus audífonos y me prestó uno. Tocó una pieza breve, pero ágilmente y muy concentrado. Cuando terminó le pregunté quién le había enseñado a tocar, pues lo hacía muy bien, y me contestó que había aprendido él solo, usando los manuales que había encontrado ahí mismo y ensayaba cuando lograba “ganar el piano” (Registro de campo miércoles 15 de octubre 2014).

Muchas personas iban a la biblioteca a pasar el tiempo libre e invertirlo en alguna actividad que pudieran realizar en este lugar. Ubaldo siempre había querido animarse a aprender a tocar piano, pero no había tenido esa oportunidad porque, comentó, “las clases eran muy caras cuando era chico”. Entonces, encontró en la biblioteca el lugar idóneo para realizar esta actividad de manera autodidacta.

Los sábados, para apoyar el conocimiento de muchos músicos que también eran usuarios frecuentes de la Vasconcelos, había un taller titulado “Clínicas de Rock en la Vasconcelos” donde un músico o algún grupo de renombre compartía sus saberes a otras personas. Todo esto llevado a cabo en el jardín.



Clínicas de Rock en la Vasconcelos

La gente aprovechaba las posibilidades de compartir y conseguir este tipo de conocimientos gratuitamente. A partir de considerar el espacio bibliotecario como por sí mismo un lugar para el conocimiento, en esta biblioteca se propiciaba este tipo de prácticas. El espacio se prestaba para poner a disposición la información contenida en los libros, pero también para compartir y experimentar conocimientos con otras personas que tenían el ansia de aprender, como el chico que observaba a quien tocaba la guitarra.

Todo lo descrito se encontraba a lo largo de la planta baja de la biblioteca Vasconcelos que cuenta con una superficie total de terreno de 38,094 metros cuadrados. Es posible recorrer una a una las salas temáticas donde diariamente asistían viejos y nuevos usuarios. En este pasillo principal de la planta baja fluía gran cantidad de personas a lo largo de la biblioteca, desde la entrada principal hasta el auditorio al final, y aunque estaba custodiada por algunos policías, no había ningún filtro para entrar.

La zona de alimentos estaba muy cerca de la entrada; daba directamente a la calle y era un lugar ventilado con algunas mesas donde la gente tomaba café o comía alguna cosa. Generalmente este lugar estaba lleno, excepto los días de lluvia, pues ahí no era posible resguardarse del agua. En este espacio había dos máquinas de expendio de comida: una que vendía café y otra refrescos, jugos y comida empaquetada. Era el único lugar dentro de la biblioteca donde no estaba prohibido comer.

Muy cerca del vestíbulo se encontraba también el área de credencialización para los usuarios que desearan obtener su credencial que permitía llevarse libros bajo préstamo. Tanto adultos como niños o bebés tenían la posibilidad de tramitar la credencial. Tres era el máximo de textos que podrían llevarse a casa y la duración del préstamo era de siete días con derecho a dos renovaciones por el mismo periodo. Era muy fácil acceder al área y tramitar la credencial, pues estaba cerca de la entrada. Cuando obtuve la mía, logré llevarme un libro a casa el mismo día en que llevé mi identificación y mi comprobante de domicilio para tramitar la credencial.

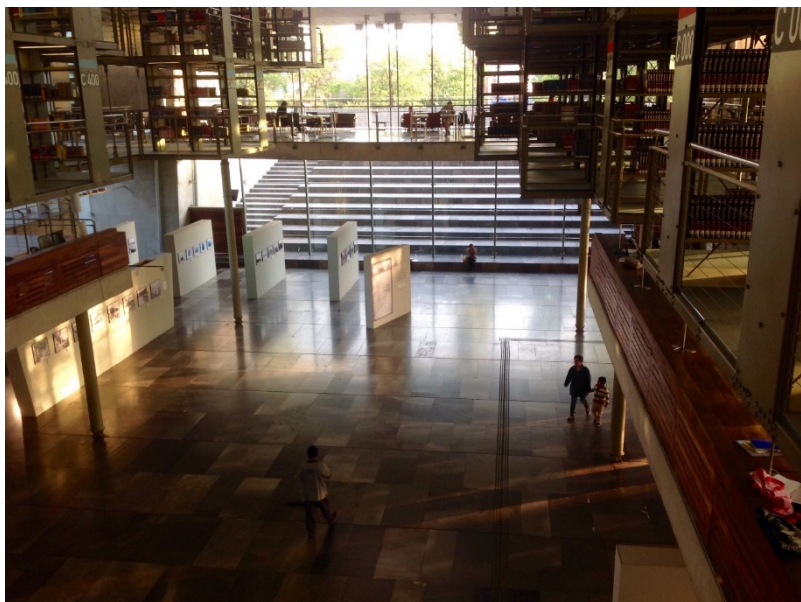
Las instalaciones del área administrativa se encuentran antecedidas por un módulo custodiado por un policía. Las personas que laboran en la parte técnica de la biblioteca bajan a oficinas prácticamente escondidas en una especie de ala que subyace al cuerpo

principal de la biblioteca. Una trabajadora de servicios educativos me comentó que le gustaría que esta área estuviera “más cercana y más a la vista de la gente”, refiriéndose quizás a la necesidad de tener un vínculo más cercano entre los trabajadores y los usuarios. Para poder entrar a las oficinas administrativas había que dar la referencia de a quién se visitaba. El policía hacía una llamada al interesado y si el que contestaba accedía, uno podía pasar sin problemas.

En cambio, la dirección general de la biblioteca se encuentra en la planta baja en lugar del sótano; era una especie de sala temática más. El acceso a esta oficina era directo, pues sólo la antecedía el escritorio de dos secretarías que atendían el teléfono, daban información y anunciaban a quienes quisieran pasar. En el tiempo de mis visitas, el director, Daniel Goldin, se hacía presente en múltiples eventos organizados en la biblioteca, en donde a veces participaba como ponente y a veces como espectador. Al parecer, también era usuario de la biblioteca, pues frecuentemente se le veía caminando por los pasillos o platicando con los usuarios. Para él, el sentido de la biblioteca estaba ligado a una idea en pro de la diversidad:

Mi intención es que todo el trabajo de la biblioteca refleje una voluntad de diálogo e inclusión, y por tanto, reconozca, propugne y estimule la diversidad. La inclusión real debe prestar especial importancia a grupos poco atendidos como mujeres mayores, sordos o bebés (Goldin, mayo-julio 2016, p. 6).

2.2 A un lado de la entrada principal, el fluir de la biblioteca



La planta baja, a un lado la entrada y al fondo las escaleras

Hubo en particular un lugar en donde hice varias observaciones que me abrieron un panorama bastante amplio de cómo la gente se apropiaba de la biblioteca y de cómo eran las interacciones que mantenían con este espacio. Me situaba justo a un lado de la entrada principal de la biblioteca; ahí había unas escaleras que servían muy bien como asiento y ahí mucha gente reposaba, esperaba a otras personas o se ponía a hacer alguna tarea. En este lugar logré tener una vista panorámica tanto al fondo hacia donde daban todas las salas como hacia arriba, de frente a todo el acervo que iba creciendo verticalmente. Además, este espacio estaba rodeado por dos ventanas que daban una hacia la calle y otra hacia el jardín. Detrás de estas escaleras había una gran ventana que cerraba el paso. En este espacio de la planta baja también se situaban algunas muestras temporales, como la exposición *Sentirse bien, Educación sexual en Suecia* (Registro de campo viernes 6 de mayo de 2015).

Allí tuve varios encuentros con diferentes personas mientras observaba el ir y venir de la gente. En una ocasión, una joven de aproximadamente 20 años llegó a preguntarme que si yo era Amaranta, a lo que le dije que no, y sin mucho problema se fue. Pero regresó

pronto a insistirme que yo era Amaranta, después corrigió el nombre y me dijo que yo era Amelia, a lo que también me negué. Al parecer, la joven buscaba a alguien a quien no conocía, y parecía que tendría una cita a ciegas. Lo interesante de este encuentro fue que la joven sólo se quedó en este punto de la biblioteca y no pasó más allá de la planta baja donde yo me encontraba, ni recorrió el área de consulta (Registro de campo sábado 10 de enero 2015). La biblioteca sólo era el punto de encuentro. Lo mismo sucedía a las afueras de la Vasconcelos, pues muchas personas se citaban en este lugar para realizar alguna transacción, verse para hacer la tarea o simplemente porque convenía como un lugar de encuentro.

Un día, mientras me acercaba a tomar asiento en la plancha de cemento, me llamaron la atención dos personas que tenían a la vista todos los elementos de un salón de belleza: varios peines, un spray para cabello, algunas pinturas para la cara y un espejo de mano de buen tamaño. El joven le realizaba un peinado bastante elaborado a la muchacha y parecía que la estaba arreglando para alguna fiesta bastante formal. Cuando me acerqué para preguntarles lo que estaban haciendo, resulta que el joven le explicaba la forma del peinado a la chica, quien no asistiría a una gala sino que estaba aprendiendo las artes de la belleza. El joven traía consigo una cabeza de maniquí para mostrarle cómo hacer los peinados, y arreglaba a la chica para ver cómo quedaba el resultado final de lo que anteriormente habían practicado (Registro de campo miércoles 06 de julio 2015).

2.3 Otros usos del espacio bibliotecario

Generalmente estamos acostumbrados a pensar a las bibliotecas como espacios que albergan en sí el conocimiento guardado en los libros, o donde las personas asisten a estudiar las disciplinas exclusivas de las ciencias exactas o las humanidades, pero en la Vasconcelos, las experiencias de enseñanza y aprendizaje rebasaban esta lógica. Aquí, todo tipo de conocimientos eran transmitidos entre usuarios, de boca en boca, de libro a usuario o en interacción con participantes de algún taller. El conocimiento no se encontraba limitado únicamente al catálogo de libros, pues la flexibilidad en el uso del espacio y las oportunidades de llevar a cabo un sinnúmero de actividades hacían de esta

biblioteca un lugar propicio para prácticas que no entran al catálogo, como fue el caso del salón de belleza improvisado en la plancha de cemento.

Apropiarse de algún espacio al interior de la Vasconcelos era bastante sencillo, sólo hacía falta un poco de creatividad y respeto a las reglas que la administración disponía, que eran muy pocas en comparación con otras bibliotecas en donde se exige un comportamiento silencioso y generalmente pasivo para no molestar a los demás usuarios. En este caso, no era permitido entrar con alimentos, ni con mochilas o bolsas salvo si contenían computadoras; tampoco se podían tomar fotografías. Se requería no maltratar los libros, regresarlos a los carritos después de consultarlos y desalojar la biblioteca unos minutos antes del cierre de la jornada. No obstante, en el día a día, estas reglas eran flexibles, sobre todo las que regulaban el uso de los distintos espacios, porque a veces no había silencio o los policías batallaban después del tiempo indicado para lograr que los usuarios desalojaran la biblioteca.

Los espacios de la Vasconcelos estaban bien delimitados para llevar a cabo un sinfín de prácticas que en otros lugares serían prácticamente imposibles de realizar sin que hubiese restricciones por el ruido excesivo o el desorden que ocasionaran, por ejemplo, los sonidos desafinados de algún músico aprendiz.

En la Vasconcelos, llamaban mucho la atención actividades imprevistas, como eran los ensayos de baile en el jardín. En la planta baja, hay puertas de vidrio que cerraban el paso hacia la parte exterior pero dejaban ver el jardín. Por ser reflejantes funcionaban como espejos y era común observar a varios grupos de jóvenes ensayando bailes de distintos ritmos musicales; ponían la música en algún teléfono o reproductor de música conectado a pequeñas bocinas de pilas. Copiaban los pasos *...un, dos, tres – uno dos tres...* marcados con los pies de por quien dirigía la sesión, generalmente otro chavo como ellos. Pasaban lapsos de tiempo repitiéndolo una y otra vez hasta que el grupo lograba la sincronización. Según Daniel Goldin:

...desde luego acuden a leer, escribir y consultar acervos y computadoras (los de la BV o las que ellos traen). También asisten a las actividades educativas o culturales que ofrecemos (talleres, círculos de lectura, charlas, conciertos, cine). Pero vienen

a estar en otro espacio que les permite estar solos o encontrarse con gente. Muchos son más que un público pasivo, creadores en ciernes que ensayan danza o música. Que yo sepa, nadie imaginó que los ventanales de las terrazas servirían como espejos para ensayar coreografías. Los chicos lo descubrieron y los usaron porque la biblioteca es un espacio hospitalario en el que naturalmente se respeta al otro, mientras no afecte a los demás (Goldin, mayo-julio 2016, p. 6).

Dejar el espacio libre y volverlo hospitalario, como dice Goldin, es también darle la oportunidad creadora a quien en él ve una oportunidad para realizar alguna actividad. Para estos jóvenes la biblioteca era un estudio de baile. Pero el espacio también había sido creado y recreado a partir de muy diversas actividades, como salón de belleza, consultorio de terapia psicológica, salón de clases, o un lugar cómodo para encontrarse, dormir o descansar.



Bailarines calientan el cuerpo antes de ensayar

2.4 *El aire que rodea a la biblioteca, el jardín*



Consejos al aire libre

No se podría hablar de la biblioteca Vasconcelos sin ahondar en lo que pasa en el espacio que abrazaba toda la construcción de cemento y acero, el aire que rodeaba a la biblioteca, el jardín. Un espacio donde era posible caminar entre muchas especies endémicas de México y árboles frutales de duraznos, guayabas o granadas, además de hierbas aromáticas, de donde resaltaban las flores y el aroma de la lavanda y la flor de naranjo. Entre este paisaje, había varias frases impresas en lonas resistentes al agua, todas referentes a la lectura, como *Me atrevo a afirmar que el hecho de convertirme en un ratón de biblioteca me enseñó a ser modesto* (Orhan Pamuk) y *Para convencerse de la vanidad de las esperanzas humanas, no hay un lugar más impresionante que una biblioteca pública* (Samuel Johnson). También había carteles con la leyenda *La Vasconcelos, una biblioteca viva*.

Retomo esta última frase, en donde se adjetiva a la Vasconcelos como un ente vivo, pero sólo es posible hacer esta afirmación si se lee a la biblioteca más allá del uso tradicional de su materialidad y sus espacios.

2.5 La biblioteca Vasconcelos también es espacio de lectura



Jóvenes estudiando en el jardín

La descripción anterior tal vez deje la impresión más bien de que la Vasconcelos es un centro cultural, con eventos, exposiciones, talleres y auditorio. No obstante, dentro del gran edificio muchas cosas revisten el espacio para recordarnos que se trata en efecto, y a pesar de la variedad de actividades, de una biblioteca.

El mobiliario de la Vasconcelos era muy variado y se adecuaba según las necesidades espaciales de cada sala temática o de los sitios dispuestos para diferentes usuarios, ya fuera niños, adultos o personas con capacidades diferentes, como sordos o ciegos. Por su enorme tamaño y la flexibilidad en el uso de sus instalaciones, diariamente los usuarios reconvierten los espacios y los adaptan a sus necesidades. Sin embargo, no sólo los transformaban en espacios para realizar prácticas ajenas a los libros, sino también iban construyendo una gran cantidad de prácticas muy de cercanas a la cultura escrita. El mobiliario y el acervo que se imponían sobre los pisos superiores de la Vasconcelos y que eran visibles desde la planta baja, invitaban a la lectura bajo el concepto “tradicional” que se tiene sobre la biblioteca.

Esta idea, como sugerí al inicio, se ha ido transformando a lo largo del tiempo, como apunta Alejandro Parada:

Históricamente el espacio bibliotecario nunca fue el mismo, ya que existieron diferentes maneras de diseñarlo. [...] en Roma, aparece una pre configuración de la sala como lugar de tránsito, pues los libros, sobre todo en las bibliotecas públicas, estaban en nichos empotrados en las paredes; en la Alta Edad Media aparece el elemento material que configura un límite específico: la mesa o pupitre para copiar los códices en el diseño ambiental de una biblioteca como la de San Isidoro de Sevilla o muy próxima al scriptorium de las colecciones monásticas; y finalmente, la conquista de la sala de lectura en las bibliotecas universitarias, renacentistas y modernas (Parada, 2015, pp. 6-7).

Al revisitar estos conceptos sobre la historicidad de la espacialidad de las bibliotecas, es evidente la evolución por la que han transitado este tipo de sitios; sin embargo, algo queda en la Vasconcelos de cada elemento que menciona el autor. Es inexacto decir únicamente “la Vasconcelos” sin utilizar el nombre previo de biblioteca, porque ante todo, este espacio brindaba los servicios que toda biblioteca tradicional podría ofrecer, y como bien apunta Daniel Goldin:

Esa dimensión de la biblioteca, que por cierto es para mí la esencial para cimentar sus posibilidades de desarrollo futuro, fue un descubrimiento. Insisto, no es opuesta a la idea tradicional que se tiene de ella, como un espacio que resguarda y posibilita el acceso a las ideas y el pensamiento. La amplía. Reconoce que las obras culturales son parte de una gran conversación y sólo tienen sentido en ella (Goldin, mayo-julio 2016, p. 4).

La idea de archivo, de depósito, el acompañamiento, el tránsito, y los elementos materiales que configuran límites espaciales pueden ser vislumbrados sobre este eje evolutivo e histórico del espacio bibliotecario; sin embargo, no me aventuraría a decir que la biblioteca Vasconcelos se aparta demasiado de esta concepción espacial. Al contrario, la Vasconcelos conserva el sentido de la biblioteca como un lugar para conservar y poner a disposición del público los libros impresos, que cobran vida a partir de sus usuarios. Sin embargo, esta biblioteca ha transitado también por el camino que cualquier espacio actual requiere, puesto que las prácticas de los usuarios y los soportes de información cambian

y se desarrollan a partir de las nuevas tecnologías que también dan acceso a la cultura escrita.

2.6 Los espacios del acervo: El segundo y el tercer piso

Varias escaleras llevaban a los pisos superiores. A partir de cualquiera de las entradas de la planta baja era posible acceder al área que rodeaba una gran parte del acervo. La biblioteca Vasconcelos es un gran galerón que se extiende entre pasillos conectados entre sí. De esa forma, al estar en cualquier parte era posible ver al vecino de enfrente o alcanzarlo por algunas de las conexiones que existían para cruzar de un ala a otra. También se podía asomar hacia abajo y ver lo que pasaba en el piso de la planta baja, hacia arriba o a cualquier lado donde la arquitectura que enmarcaba el espacio visual recreaba de por sí una imagen artística, pero quizá también acogedora para los usuarios.

La disposición del mobiliario, la luz y los útiles accesibles a usuarios, conducen a la lectura y a la vez condicionan y orientan las maneras de leer, influyen en los modos en que la gente se acerca a los libros y la manera en que también usa la biblioteca (cf Rockwell, 2001 p.15). La superficie del segundo y tercer nivel están amuebladas de distintas maneras. Para sentarse había mesas de trabajo, sillones, sillas, alfombras, pufs y algunos cubos acolchados que se podían adaptar a las necesidades que los usuarios requirieran. De ahí que cada espacio, cada rincón, adoptaba distintas personalidades según los que hicieran uso del mobiliario.

Al recorrer las diferentes alas del segundo piso, a veces encontraba los mismos muebles pero utilizados de diferente forma para diversas actividades: a veces para leer, estudiar, dormir, echar novio o ver una película. Por ejemplo, en algunas áreas se encuentran sillones con una mesita de patas bajas y una alfombra, como una especie de salita que se volvía muy acogedora para trabajar, sobre todo en grupo. La gente que ocupaba estos lugares generalmente estaba reunida en colectivos diversos para realizar un sinfín de actividades, como la planeación de tareas académicas, la organización de eventos o simplemente para platicar.

Había otros espacios que se adecuaban a las personas que trabajaban en solitario. Algunas mesas se encontraban orientadas hacia el centro de la biblioteca y otras con vista hacia los jardines. Eran mesas y sillas sencillas en las que las personas se sentaban a trabajar y daban la espalda al tránsito continuo de personas por los pasillos.

En cada piso hay zonas amplias en los extremos que conectan los dos pasillos laterales principales. Estos lugares centrales también están amueblados con sillones y en ellos también se sentía una atmósfera acogedora para poder leer alguna novela o un libro de cuentos, o para reunir a círculos de lectura. El ambiente estaba rodeado por librerías con textos de muy diversa índole y hacía pasar desapercibidos a sus lectores.

Aunque se observaban cambios continuos en el uso de los espacios, observaba ciertas recurrencias cada día que pasaba dentro de este lugar. Por ejemplo, el segundo nivel estaba poblado de muchas personas con sus laptops y tabletas, siempre en la búsqueda de un lugar que se prestara para conectarse al internet gratuito. Solía encontrarme todas las tardes muy al fondo, casi sobre el auditorio, dos mesas llenas de personas con su computadora conectadas al cable ethernet, trabajando solitariamente. Estaban muy juntos, porque eran muchos, pero también muy lejanos entre sí porque cada quien se concentraba en su trabajo.

Se podía llegar a los pisos superiores en elevador o por unas escaleras adyacentes al edificio principal que al subir permitían que se apreciara todo el acervo y una vista panorámica de la biblioteca. Me gustaba mucho subir por allí. Estas escaleras también conectaban con los pasillos del acervo, que se encontraban justo colgando como mini terrazas en donde uno podía asomarse hacia prácticamente todos los puntos de la biblioteca.

Ya en el tercer piso se respiraba otro ambiente. Eran mucho menos las personas con computadora, aunque esto variaba con los días. Lo interesante de este espacio es que aquí se concentraba el mayor número de gente en solitario, lectores que adoptaban distintos espacios y formas para leer y trabajar.

Por las tardes, entre las 5:00 pm y la hora del cierre, me llamaba mucho la atención que este espacio era ocupado en su mayoría por hombres en solitario, y aunque sí había

mujeres solas, eran mucho menos las que se apropiaban de algún lugar de este piso para trabajar. Tan enorme era la biblioteca que había espacios en los que sentirse en solitario era relativamente fácil, como en las salas que se encontraban en las dos puntas finales de la superficie de la biblioteca, que pocas veces se llenaban.



Grupo de estudiantes poniéndose de acuerdo para la tarea



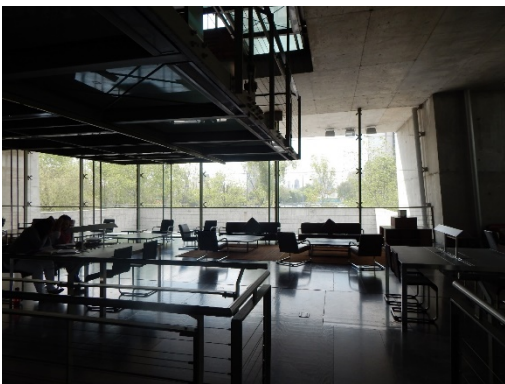
Muebles que permitían adoptar diferentes posturas para leer



El lugar para lectores solitarios



Conectados a la red



La búsqueda de la privacidad

2.7 Servicios digitales

La Vasconcelos contaba con servicios digitales como la conexión gratuita a Wifi. También había servicio de conexión a internet vía cable ethernet, disponible en algunas mesas; además había computadoras de escritorio que se ocupaban por las personas que así lo solicitaban. Estos equipos se localizaban a lo largo de toda la biblioteca, se encontraban numerados y se otorgaba una ficha al usuario para saber el turno que le tocaba a cada quien, por si había más gente que computadoras.

El uso de estos equipos era muy diverso. Desde la utilización de programas de hojas de cálculo o procesadores de texto, el acceso a las redes sociales (como Facebook y Twitter) y consultas en Google, Wikipedia, o uso juegos en línea. Incluso, por carecer de los controles habituales había acceso a páginas de citas o a portales con contenido pornográfico. Era común ver a parejas sentadas frente a una computadora viendo una película juntos, compartían un par de audífonos que conectaban a la pc y durante todo el transcurso de la película parecía que nada los molestaba. De igual forma, era muy frecuente el uso de YouTube, sitio en donde la gente miraba y escuchaba videos de muy diversos temas. A la par, muchas personas hacían uso de procesadores de texto para escribir y algunos leían en pantalla, sobre todo páginas de redes sociales y blogs.

El uso de estos equipos de cómputo era muy solicitado. A veces había que esperar para poder ocupar alguna de las máquinas dispuestas a lo largo de toda la biblioteca, pues todas estaban ocupadas. La privacidad de los usuarios que usaban las computadoras era casi nula, pues era fácil observar a simple vista y de paso los contenidos que las personas consultaban en ese momento.



Trabajando en equipo, frente a las computadoras

2.8 El acervo en estantería abierta



El acervo, visto desde el fondo de la biblioteca

Según Mikel Adrià, la gran estructura que alberga a los textos tiene la capacidad de contener hasta 2,000,000 de ejemplares:

“...consiste en una estructura independiente, suspendida de las armaduras de la cubierta, construido en acero y cristal. Posee la capacidad de crecer y adecuarse modularmente a las necesidades de los acervos de distintas áreas, y permite ser recorrido en sentido tanto horizontal como vertical” (2007, p. 87).

El acervo tenía la posibilidad de recorrerse (subiendo y bajando de pisos por las escaleras y de manera horizontal) para situarse en las diferentes clasificaciones en donde se encontraban los libros. Sin embargo, no era tan sencillo ubicar algún material en el espacio como se esperaba en el proyecto arquitectónico. La disposición de los textos estaba regida bajo el Sistema de Clasificación Dewey², que cataloga los libros por un registro numérico.

² 000 – Generalidades, 100 - Filosofía y Psicología., 200 - Religión, Teología, 300 - Ciencias Sociales, 400 – Lenguas, 500 - Ciencias Básicas., 600 - Tecnología y Ciencias Aplicadas, 700 - Artes y recreación, 800 – Literatura, 900 - Historia y Geografía

Según este tipo de sistematización, los libros se situaban de acuerdo a la disciplina a la que pertenecían.

A pesar de este orden que trataba de prevalecer día a día con el trabajo de los bibliotecarios, había otros acervos diversos, infantiles, juveniles y de temáticas variadas, que iban cambiando de ubicación de vez en cuando alrededor de la biblioteca. Estos libros estaban acomodados en libreros de madera que se localizaban en diversos sitios en donde el usuario tenía la posibilidad de toparse con esta bibliografía de manera más sencilla. Por ejemplo, un acervo sobre tabaquismo estaba compuesto por libros sobre cultivo del tabaco, acerca de cómo dejar de fumar, sobre la magia del tabaco y sobre sus usos en acervos que iban variando de vez en cuando.

Entrecruzar al acervo catalogado en Sistema Dewey con este tipo de acomodamiento bibliográfico daba pie para que los usuarios accedieran y se acercaran de manera más inmediata a una heterogeneidad de información que fomentaba la lectura y promovía el conocimiento de otro tipo de bibliografía que no necesariamente se asociaba con la literatura por la que los usuarios asistían de primera mano a la biblioteca. Parecía que había poco orden en este lugar, pero quizá era esta falta de orden lo que promovía estos hallazgos que de otra forma no hubieran llegado a las manos de sus lectores. Esto propiciaba además que las personas se familiarizaran con otro tipo de materiales como cómics, revistas, libros infantiles, libros álbumes, novelas, libros de cuentos, entre muchos otros más.



Acervo infantil en el segundo piso

2.9 *Un espacio vivo*

Un día, eran aproximadamente las cuatro de la tarde. Parecía que algo iba a ocurrir en los próximos minutos porque se veía un movimiento inusual de personas en la biblioteca, no por la cantidad de gente que estuviera en ese momento, sino porque había varias personas moviendo cables, acomodando bocinas y probando algunos micrófonos. Estas personas discretamente se ocupaban del equipo de sonido que estaba dispuesto a lo largo de los pasillos y debajo de la *Mátrix Móvil*, localizada justo al centro de la biblioteca Vasconcelos y visible desde casi cualquier punto de la biblioteca.

La *Mátrix Móvil* es una escultura creada por el escultor xalapeño Gabriel Orozco, hecha a partir del esqueleto de una ballena, toda esta estructura estaba adornada con “círculos y elipses realizados con grafito para dinamizar la estructura, los cuales se asemejan al movimiento de las olas y de las ondas sonoras” (Página web, biblioteca Vasconcelos, 2015).

Pasaron aproximadamente unos quince minutos hasta que de repente desde la planta baja se pudo observar a una mujer que limpiaba el piso con un trapeador, la gente pasaba de largo, pues era común ver a los empleados que ayudan con la limpieza haciendo esta labor, pero unos pocos minutos después, esta mujer comenzó a cantar a micrófono abierto con una gran voz de soprano una pieza de ópera. Poco a poco, otras voces comenzaron a escucharse, pero no se sabía exactamente de dónde provenían, hasta que varios cantantes escondidos entre los rincones de la Vasconcelos comenzaron a surgir de entre la gente y se unieron en coro para comenzar un concierto del que muchos de los usuarios que estábamos en ese momento utilizando la biblioteca no teníamos conocimiento. En unos cuantos minutos, la Vasconcelos se convirtió en una imponente sala de conciertos en donde se llevó a cabo un recital de canto.

Pero nadie estaba sentado en las filas tradicionales de la sala de concierto, no había lugares preferentes ni butacas numeradas, el espacio para disfrutar el concierto era el que también las personas habían elegido para leer, escribir, chatear, dibujar, platicar, echar novio o dormir. No fue necesario tener que hacer una gran espera y una fila interminable para poder entrar, pues no se necesitaban boletos para esta función.



Cantante bajo *Mátrix móvil*

Los privilegiados fueron las personas sentadas en el área de consulta, los cibernautas haciendo uso de las computadoras de la biblioteca, los empleados, los policías y la gente que turisteaba por el lugar a esas horas. Lectores, bibliotecarios, administrativos, policías, personal de limpieza, niños, parejas y grupos que hacían la tarea. El público que escuchaba ese concierto de música coral era como el que todos los días hacía uso de las instalaciones de la biblioteca Vasconcelos.

A pesar de que los recitales de música clásica se realizan generalmente en teatros o auditorios, lugares cerrados y por lo general silenciosos, en la biblioteca la gente observaba y escuchaba desde su propio espacio, y no necesariamente guardaba silencio para disfrutar más. Al contrario, a la gente se le veía contenta, conversaba y señalaba a algunos cantantes que se movían por todos lados. Mientras escuchaban, algunos tomaban fotografías y grababan videos con sus teléfonos celulares.



Espectadores de la Ópera espontánea

La foto anterior muestra un poco de los otros usos de la Vasconcelos. En la parte inferior, algunos niños están en la entrada a la sala infantil junto a una adolescente que los acompaña. Las escaleras, que sirvieron como butacas fue ocupada por varias personas: una familia, una pareja de muchachos, una chica con un celular rosa grabando el concierto, una pareja de novios tomados de la mano, él con algunos libros sobre las piernas. Más atrás, un joven sostiene también algunos libros bajo su brazo mientras observa pensativo hacia donde se lleva a cabo el concierto. Y sobre ellos, la gente continuaba trabajando en las computadoras, caminando entre los muebles o sentados estudiando, leyendo, trabajando o durmiendo en algún rincón.

Mientras por un lado este concierto se llevaba a cabo, por el otro, la cotidianidad de la biblioteca seguía su curso. Muchos continuaron leyendo, viendo películas, seguían formados en la fila para las fotocopias o simplemente estaban pensando. Sin embargo, algunos llevaron su atención hacia el concierto y mientras realizaban su cometido en la biblioteca, también disfrutaban de los cantos que parecían ser para muchos una sorpresa.

En el auditorio de la Vasconcelos también se han ofrecido muchos conciertos de música clásica, pues este espacio se prestaba bastante bien para llevarlos a cabo con la solemnidad y el silencio que caracteriza a estos eventos, pero esta vez, con la ópera espontánea ocurrió algo diferente. En los recitales de música clásica la tradición exige poner cuidado en los músicos y fijar la vista hacia donde es el centro de atención; sin

embargo, este suceso en la Vasconcelos pareció no interrumpir a los que realizaban alguna actividad en ese momento, y quien así lo deseó, de vez en vez se detenía a escuchar, a mirar hacia el centro de la biblioteca donde se concentraba el evento o también a no escuchar, poniéndose sus audífonos para oír otra cosa.

Los que sí querían escuchar desde cualquier punto apreciaban el recital. Había varias personas recargadas en los barandales que dan hacia el centro de la estatua de Gabriel Orozco, y también había mucha gente sentada en el piso y en los escalones para llegar a donde se realizaba el evento. Algunos con libros entre las manos y mientras oían un aria, los hojeaban, fijaban la vista en el texto, pero a ratos levantaban la cara del punto de concentración y miraban alrededor, tanto al concierto como a lo que sucedía en la Vasconcelos, un espectáculo también la expectación producida, como una señora en uno de los costados del cuarto piso, quien ponía atención al concierto pero no dejaba de leer.

Esta mujer tomó una silla, la acomodó con la vista hacia el centro de la biblioteca y agarró un libro del acervo que leía a la par de que observaba y escuchaba lo que estaba sucediendo. Cuando una pieza terminaba, dejaba el libro sobre sus piernas y aplaudía con mucha emoción.



Mujer lee y escucha el concierto

Con este tipo de actividades es posible pensar que la vida en la biblioteca se vio interrumpida, que algunos usuarios mandarían a callar o se quejarían de tanto ruido; pero

esta vez, lo cotidiano en este espacio siguió su curso: las personas encargadas de la limpieza siguieron pasando jerga, los bibliotecarios acomodaban los libros e iban y venían con los carritos llenos de libros, los rondines de los policías tampoco se detuvieron y todo ello con la música de fondo acompañando a todos los que compartimos ese lugar en ese momento.

Quizá en otra biblioteca los que estaban sumidos en una lectura bastante concentrados y cobijados por el silencio reclamarían el alboroto que provocaba ese concierto, pues ¿Cómo es posible que siendo una biblioteca haya tanto ruido y movimiento que interrumpe a los lectores? Pero parece que a la gente no le molestaba la situación. Por lo menos en la hora transcurrida durante este evento, la biblioteca se vistió de música y dejó de ser el sitio privilegiado para el silencio. Otro concierto se llevaba a cabo en la biblioteca con el crepitar de los libros al ser cambiados de páginas, con el suave golpe de los teclados, el rítmico caminar de los policías o los niños correteando de un lado a otro. Casi al final del concierto, la soprano agradeció la presencia de toda la gente y el público aplaudió y pidió ¡Otra... otra...! Los coristas lo complacieron.

2.10 La biblioteca no cambia, sólo se transforma

La biblioteca Vasconcelos no corresponde únicamente a un espacio físico, sino que sus lógicas provienen también de los modos en que este lugar es utilizado y transformado por sus usuarios. La forma en que convivían las personas frente al uso del espacio público contrasta con las prácticas que se llevan a cabo en lo que tradicionalmente se piensa de las bibliotecas públicas:

La biblioteca pública actual se concibe como un lugar de encuentro donde cualquier ciudadano, de cualquier edad, sexo o sector social pueda moverse con total libertad y pueda hallar lo que precise en cada momento, ya sea para conseguir información sobre un tema determinado, los medios para mantener o mejorar su formación o materiales para entretenerse (Vincent, 1999, p. 49).

Otros autores como Michel Foucault han concebido a la biblioteca pública como un síntoma de la modernidad y lo ha planteado como “un todo que acumula, una suerte de

archivo general, la voluntad de encerrar en un lugar todas las épocas, todas las formas, todos los gustos, la idea de constituir un lugar de todos los tiempos” (Foucault, 1967, p. 23).

Sin embargo, al tomar en cuenta las concepciones anteriores sobre la biblioteca pública y pensar así el espacio bibliotecario brinda la posibilidad de confrontar estas concepciones tradicionales frente a la utilización innovadora del espacio que se lleva a cabo en la biblioteca Vasconcelos, pues como se ha visto anteriormente, para que se lleve a cabo un proyecto cultural, es necesario que todos los actores involucrados vayan tomando gradualmente el conocimiento de proyectos de esta naturaleza. Desde los arquitectos que imaginaron los bocetos iniciales para dar forma y luego materializar la biblioteca en concreto y acero hasta los policías que día a día vigilaban las instalaciones. La emergencia de un proyecto vinculado con el tiempo se enlaza con acciones de intervención que se reformulan día a día, pero que no son exentas de políticas públicas que intempestivamente cambian el orden de lo cotidiano.

Desde el punto de vista de los usuarios, la biblioteca pública Vasconcelos se ha mantenido en un proceso de invención en el que el espacio público que se ha ofrecido con pocas limitaciones ha sido moldeado por el público que asiste y hace uso de lo que la propia institución dispone; sin embargo, no es únicamente lo que se vive en el presente, sino un tejido difuso pero duradero el que se echa a andar en estos procesos de apropiación del espacio.

Las personas que asisten a la biblioteca son las que le dan vida a este lugar, junto con el equipo de expertos en fomento a la lectura que plantean desde el aspecto administrativo y técnico de la idea de una biblioteca diferente y abierta a la diversidad:

El usuario de la Vasconcelos no es visto como una vasija que viene a llenarse (de estudio, de conocimiento) sino alguien que viene con sus saberes, oficios, experiencias vitales, viajes, lenguas, aficiones e inquietudes. La biblioteca quiere (e intenta posibilitar) que esa riqueza que cada uno conlleva, se comparta. La biblioteca Vasconcelos recibe críticas por ser tolerante con los indigentes. Pero personas en situación de calle han participado como Libros Humanos en alguna de

sus Bibliotecas Humanas y han intervenido en coloquios debatiendo con grandes intelectuales (Salaberria, 2016, p. 9).

Definitivamente la visión de un proyecto, las acciones, los sucesos y las puestas en marcha de proyectos individuales y colectivos que acontecen en este espacio son lo que trastoca y modifica el ir y venir habitual en la biblioteca. De aquí que la Vasconcelos sea tema de estudio, pues los conceptos a los que generalmente se somete el uso la biblioteca pública giran alrededor de configuraciones que han sido establecidas por la tradición a lo largo del tiempo. Como “oficinas vigiladas” (...) o como “lugares concebidos para los libros y no para los lectores” (Chartier y Hébrard, 1998, p. 120) han sido algunos de los conceptos bajo los que se ha regido la concepción del espacio bibliotecario.

Este tipo de ideas que definen a la biblioteca como un espacio pasivo, como un lugar de acogida de los libros pero no de las personas someten al espacio bibliotecario como algo que se rige por reglas bastante establecidas: el silencio, el orden y una solemnidad casi monástica. Y en cuanto a lo anterior, Ramón Salaberria, otra voz importante en el diseño de una nueva visión de las bibliotecas a partir de la experiencia de la Vasconcelos, comenta:

... este cúmulo de circunstancias, y otras muchas que ahora no hay espacio para expresar, llevan a la biblioteca Vasconcelos a replantearse cosas: los temas a tratar en la biblioteca; nuevas formas, formatos, para tratar esos temas; cómo presentar los libros u otros documentos en los estantes; una flexibilidad, condescendencia dicen algunos, para reformularse normas prohibitivas insertas en la profesión, e incluso tabús: el silencio en la biblioteca. No es una cuestión de “buena onda”. Es una labor que se quiere persistente para modificar la solemnizada idea que de biblioteca (lugar para estudiantes, templo del conocimiento) tiene un país que en su historia apenas ha tenido bibliotecas públicas (Salaberria, 2016, p. 9).

Hablar de un espacio vivido y de la toma de los usuarios es relacionar una idea de movilidad y fugacidad que se establece día con día y que dota al espacio de una personalidad con la que el público se familiariza. Pues como bien apunta Parada:

Dentro de las bibliotecas se definen espacios que están en tensión expulsiva de sus límites. El verdadero nuevo espacio de estas agencias no deviene en ellas por sí o por su mera presencia, sino por su génesis y práctica bibliotecaria en otros espacios heterodoxos y que, en particular, no sean los clásicamente tradicionales (2015, p. 8).

La biblioteca Vasconcelos propicia así el advenimiento de lectores en ciernes que han sido atraídos no por lo que ofrece una biblioteca tradicional, sino por lo innovador que ofrece su espacio, por haber sido recorrida por los futuros lectores con una mirada de turistas o por invitación de alguien más. Regresar a la biblioteca cada día es reconstruir el espacio según las necesidades de cada usuario, pero también es un reto institucional proveer de lo que las personas exigen. Con estas tensiones, la biblioteca Vasconcelos se construye y reconstruye una y otra vez.

Capítulo 3

La lectura, un enlace entre muchas prácticas



Familia lectora

Cuando hice las primeras visitas a la biblioteca Vasconcelos tenía bastantes dudas sobre cómo iba a acercarme a las personas que estaban leyendo, pues parecían muy atentas a su trabajo y temía molestarlas o sacarlas de su estado de concentración. Pensé en muchas formas para poder aproximarme y tener acceso a la gente para saber un poco más sobre sus inquietudes lectoras, sobre lo que leían y por qué lo hacían, y además tener la posibilidad de observarlas y entender cómo es que se relacionaban con la lectura.

Caminé mucho por los pasillos de la biblioteca. Subía y bajaba tratando de ver algunas singularidades en el movimiento de las personas, los objetos que llevaban, en qué espacios se acomodaban mejor y siempre trataba de observar qué leían fijándome en las pastas de los libros. Poco a poco me di cuenta de que la forma más idónea para acercarme a la gente era a través del pretexto más cercano, hablar de libros, pues en la biblioteca se conversaba sobre temas relacionados con lectura, se compartía información, se contaban historias, recomendaciones bibliográficas, se hacían tareas y se investigaba.

En uno de mis primeros acercamientos a un grupo de chicos que estaba haciendo una tarea, me di cuenta de que ellos se tomaron muy en serio la necesidad que tenía yo de realizar mi investigación y se mostraron sin inconvenientes para poder ayudarme, pues les presenté brevemente el proyecto que estaba realizando. El acceso a la conversación con otros usuarios sobre todo de cuestiones académicas me permitió observar que la biblioteca Vasconcelos era un lugar propicio para entablar conversaciones, acercarse a la gente y estar a la par con los otros, pero también seguía siendo un lugar para la lectura.

La mayoría de las charlas que mantuve con algunos usuarios se dio en un clima de empatía con mi investigación. Aunque no faltaron tampoco situaciones en que la gente desconfiaba de mi presencia, en las que simplemente se negaron a conversar sobre lo que hacían o a mostrarme sus materiales de trabajo.

Fue así que comencé a interesarme en cómo se tejían algunas relaciones entre varias personas y alrededor de la cultura escrita: los que solicitaban ayuda a un bibliotecario, las personas que acudían a otro usuario para responder alguna duda, las mamás y papás que ayudaban a sus hijos a encontrar información para la tarea en algún libro, los que se leían algún fragmento en voz alta o los que asistían casi como en excursión a la biblioteca para buscar alguna referencia para la tarea. Con este tipo de grupos fue con quienes traté de mantenerme más cercana.

En este capítulo el análisis se centra en la lectura compartida, la que implica dos o más personas para que haya un diálogo en torno a los textos que se leen. Observar este tipo de prácticas desde sus múltiples aristas no fue para nada sencillo, pues intentar capturar la acción de leer y lograr decir algo sobre una práctica de naturaleza a veces bastante individual, silenciosa o privada fue un gran reto en esta investigación; sin

embargo, a partir de considerar a la lectura como un acto colectivo y social fue que pude observar cómo se tejía esta relación entre las personas reunidas en grupos y la cultura escrita, pues en este caso, el foco ya no era la lectura como un acto individual, sino que comenzó a vislumbrarse como esa *danza efímera* de la que habla Michel de Certeau en *La invención de lo cotidiano*:

...la actividad lectora presenta todos los rasgos de una producción silenciosa, que deriva a través de la página, metamorfosis del texto por medio del ojo viajero, improvisación y expectación de significaciones inducidas con algunas palabras, encabalgamientos de espacios escritos, danza efímera” (2010, LII).

Pareciera que la relación entre el lector y el libro corresponde a una unidad entre el ojo y el texto, pero observar a los grupos en acción me hizo entender que no sólo se presentaba así, pues eso que de Certeau llama la “danza efímera a través de significaciones inducidas y espacios escritos” es lo que apunta hacia una acción que más allá de la lectura silenciosa, es productiva en sí, pues como bien apunta el autor “... la lectura introduce un “arte” que no es pasividad” (2010, LIII).

3.1. La formación de grupos en torno a la lectura

Se podrían enumerar bastantes formas en que los grupos se reunían para realizar alguna actividad que implicara el uso de textos, sobre todo en los pisos superiores. Asistían madres o padres con sus hijos quienes con cuaderno y lápiz ocupaban un lugar y copiaban fragmentos de algún libro para la tarea escolar. Siempre se formaban grupos de hermanos, de amigos o de parejas que se dejaban perder por los caminos laberínticos del acervo, y ahí miraban y comentaban sobre libros. Observaba preparatorianos, madres o padres con sus hijos pequeños, parejas que andaban en el coqueteo, y familias completas, todos se detenían husmear en algún rincón de la biblioteca, a veces hojeando y ojeando libros, viendo imágenes llamativas de textos infantiles o simplemente observando la extraña arquitectura de la Vasconcelos. También había grupos de estudiantes de distintas carreras: reconocía a los que iban aún con el uniforme de secundaria, o con las batas blancas de medicina, pero también a los arquitectos que desplegaban sus planos y a los matemáticos

o físicos que resolvían fórmulas. También desde luego, se reunían grupos formales en los salones de usos múltiples de la propia biblioteca para tomar algún taller de lectura, escritura o computación.

Algunos grupos se situaban en las mesas que rodeaban los pasillos del segundo y del tercer piso y adoptaban un espacio físico que se volvía una especie de escenario donde realizaban su actividad. La gente se acomodaba de diferentes maneras: a veces se ponían en círculo, donde todos los integrantes del colectivo tenían la posibilidad de escucharse y verse; en otras situaciones, los encontraba caminando lentamente, sentados en sillas, en algunos muebles o acostados sobre el césped del jardín.

Si bien algunos grupos compartían características más o menos similares en cuanto a edad, escolaridad y lugar de procedencia, es posible comparar lo que vi con lo que Barton y Hamilton comentan:

Las prácticas contribuyen a la idea de que la gente participa en distintas comunidades discursivas en diferentes dominios de la vida. Estas comunidades son grupos de personas que se mantienen juntas gracias a su manera característica de hablar, actuar, valorar, interpretar y usar la lengua escrita” (2004, p. 117).

En la Vasconcelos era posible observar la participación de personas en diferentes colectivos, a partir de las maneras en las que se conformaban en grupos para compartir el trabajo y la reflexión en torno a los textos que leían. Así, al poder observar las acciones conjuntas de los integrantes, escuchar cómo se referían a los textos y registrar algo de lo que se decían unos a otros, encontré la manera de asomarme al mundo de la lectura colectiva. Las actividades que ofrecía la biblioteca como los talleres de fomento a la lectura, las charlas informativas sobre diversos temas o las presentaciones de libros también fomentaban la conformación de este tipo de colectivos en donde se compartían charlas, debates, pláticas amenas y otras no tanto sobre la lectura y los textos.

No obstante, un grupo que lleva a cabo la práctica de lectura compartida no es necesariamente una comunidad homogénea o particularmente estable y puede estar integrado por los más diversos personajes.

Una tarde, en el área correspondiente a “pedagogía” me encontré con tres mujeres jóvenes estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional que iban acompañadas por un niño pequeño, de unos cuatro años, hijo de una de ellas y quien también compartía la mesa de trabajo y leía algunos libros infantiles. Las chicas tenían sobre su mesa algunos libros para su tesis que era “sobre lectura”, y los textos que revisaban estaban relacionados con temáticas como la cognición, el desarrollo del aprendizaje y la psicología. Puede conversar con ellas brevemente mientras dos chicas se mantenían muy concentradas explorando varios libros y haciendo anotaciones en su libreta, el niño iba y venía en un rango de aproximadamente tres metros alrededor de nosotras, la madre trataba de cuidar al niño y las otras dos chicas trataban de responder a mis preguntas, pero tampoco descuidaban su trabajo y el movimiento del niño llamaba la atención de todas.

Al parecer, antes de situarse en el espacio donde nos encontrábamos, muy cercano al acervo de Ciencias Sociales, la madre y el pequeño ya habían dado una vuelta por los libreros infantiles, pues el niño no soltaba de sus manos un libro de dinosaurios que entre vuelta y vuelta se detenía a hojear mientras se sentaba en el piso o se subía a una silla. La mamá trataba de estar presente junto con las dos chicas que realizaban el trabajo de investigación, estaba pendiente de la lectura del niño, pero también lo cuidaba de que no se cayese o se fuera muy lejos de donde nos encontrábamos.

Para tratar de mantener al niño tranquilo, la joven le leía en voz alta algunos fragmentos del libro. Le señalaba algunas ilustraciones por periodos breves, haciendo gesticulaciones de los ruidos de los animales, mientras por otro lado trataba de poner atención al trabajo que realizaban las compañeras, y así dividía su estancia para vincular la responsabilidad de cuidar a su hijo con el trabajo de investigación. Cuando comenzamos a mantener una charla sobre la actividad que estaban realizando, la mamá se alejó porque el niño comenzó a llorar y no pude platicar más con ella.

Quién diría que el acompañamiento del pequeño niño llevó a esta mujer a caminar entre dinosaurios, y quizá después transitar y conocer algunas teorías pedagógicas referentes a la lectura, mientras que estaba en los hechos inmersa en una práctica social lectora (Registro de campo miércoles 11 de marzo 2015).

En el ejemplo anterior, el grupo estaba conformado por personas diferentes en cuanto a las necesidades temáticas y de información que se requerían, pues el niño de alguna manera sólo era acompañante en esta situación. Sin embargo, el vínculo que se abrió entre todos los miembros del grupo, incluyéndome, dio la pauta para que lleváramos a cabo diversas prácticas de lectura. Así, se abrieron posibilidades de socialización entre nosotros al compartirme ellas sus necesidades temáticas y su experiencia en la biblioteca, así como contarles yo los motivos de mi investigación sobre la lectura. Mientras algunas de ellas se concentraban en silencio a revisar los textos seleccionados, el niño que las acompañaba se relacionaba con los libros de otra manera, y abrió pauta para que la madre le leyera en voz alta. Esta simultaneidad y alternancia entre diferentes maneras de leer se daba en casi todos los grupos que observaba.

Las prácticas de lectura en grupo pueden ser descritas como actividades que enlazan y conectan a las personas entre sí y que las vinculan en una atmósfera donde el hilo rector son los textos, pero además donde se establecen relaciones con otro tipo de prácticas, a menudo involucrando la conversación entre los propios usuarios. Como apuntan Barton y Hamilton:

... si bien se trata de procesos internos en el individuo, las prácticas son, al mismo tiempo, los procesos sociales que conectan a las personas entre sí y que incluyen conocimientos compartidos representados en ideologías e identidades sociales. Así las prácticas toman forma a partir de normas sociales que regulan el uso y la distribución de textos, a la vez que prescriben la posibilidad de producirlos y tener acceso a ellos. (Barton y Hamilton, 2004, pp. 112-113).

Esta idea apoya la noción de que si bien son importantes las trayectorias individuales de los lectores, la relevancia de las interacciones y conversaciones alrededor de la lectura apoyan la perspectiva de pensar a la lectura no únicamente como un mecanismo cognitivo, individual y solitario, sino como una actividad colectiva que se entreteje con recomendaciones e interpretaciones que provocan nuevos significados al compartir los textos.

3.2 Siguiendo el hilo de las prácticas lectoras

Describir el camino de las personas a través de su relación con la cultura escrita es también acercarse a la cotidianeidad de la lectura y sus usos. Siguiendo a de Certeau, Anne Marie Chartier menciona que los lectores son viajeros que “circulan sobre las tierras del otro” (2004, p. 80). La interacción de estos viajeros inmersos entre otros navegantes de la Vasconcelos brindaba la posibilidad de ver a la lectura como un medio por el cual las personas se reunían, dialogaban y convivían.

En el enfoque de las *new literacy studies*, se utiliza el término *literacy*, que traducimos como literacidad, para dar cuenta del entramado de usos del texto, tanto mediante la lectura como la escritura, en cualquier contexto social. En este sentido, la observación de las prácticas de lectura en grupo me permitían ver a la literacidad como un recurso comunitario que se hace efectivo en las relaciones sociales, en vez de sólo como una propiedad individual (en el sentido de ser o no ser *letrado* o *alfabetizado*). El sentido de apertura, colectividad y mediación de la biblioteca como espacio de encuentro fue propicio para la observación de la lectura como una práctica cultural ya que “la literacidad no se halla únicamente en la cabeza de la gente como un dispositivo cognitivo, sino que es social”. (Barton y Hamilton, 2004, p. 119).

Los *new literacy studies* proponen que “la literacidad se entiende mejor como un conjunto de prácticas sociales que pueden ser inferidas a partir de eventos mediados por textos escritos” (2004, p. 114). Desde esta perspectiva, algunas de estas actividades observadas en los grupos de lectores podrían ser insertadas en esta conceptualización de prácticas sociales a partir de la interacción que se construía entre los integrantes alrededor de uno o varios textos, en las cuales la lectura provocaba conversaciones, generaba interpretaciones alternativas o debates sobre lo que varias personas observaban o escuchaban a partir del texto.

Desde esta concepción, las prácticas lectoras pueden darse prácticamente en cualquier lugar. En este caso, la biblioteca Vasconcelos proveía el mobiliario y algunos materiales para que estas prácticas pudieran llevarse a cabo. Se abría la posibilidad para que los usuarios utilizaran los recursos disponibles, según sus propios intereses. Así se observaba en la biblioteca una diversidad de *eventos letrados* (*literacy events*), unidad de

análisis definida por Barton y Hamilton como cualquier actividad observable en la cual la literacidad, en sentido amplio, está presente:

Sucede que hay uno o varios textos escritos que son centrales a una actividad y puede darse una conversación alrededor de este texto. La noción de evento letrado acentúa la naturaleza situacional de la literacidad con respecto a que esta siempre existe en un contexto social (2004 p.112).

Barton y Hamilton consideran que las prácticas que se observan en los eventos letrados particulares remiten a formas culturales generalizadas de uso de la lengua escrita. Sus estudios giran en torno de la conjunción que se produce entre los individuos y los textos, incluso cuando los textos mismos no se encuentran presentes (por ejemplo, en una oración o recitación de versos). Para ello, es importante demarcar el carácter social de la lengua, puesto que “en las prácticas letradas la influencia de la naturaleza social del lenguaje influye en los protocolos de apropiación” (2004, p. 112).

Sin embargo, estudios recientes apuntalan la necesidad de reformular algunos conceptos de los *new literacy studies*. Catherine Kell (2011) propone fijar la mirada a nuevas premisas teóricas, dada en parte por la “rápida conectividad, el concepto de redes y la movilidad entre las personas”. Kell propone utilizar *trayectorias* como una alternativa a la unidad de análisis de *eventos letrados*. Considera que los textos, y las prácticas en torno a los textos, se movilizan a través de estas trayectorias, y sufren una recontextualización a través del tiempo. En cada tramo de las trayectorias, o en los puntos o nodos en que ocurren eventos significativos, las prácticas e interpretaciones de un mismo texto se modifican o transforman (Kell, 2011). En lugar de tomar unidades de análisis fijas, continua Kell, se buscan eventos-espacios como marcos en los que los participantes tratan de lograr propósitos y hacer que las cosas sucedan anticipando lo que puedan significar en eventos-espacios subsecuentes con diferentes marcos de participación.

La perspectiva propuesta por Kell como otra forma de analizar las prácticas lectoras me permitió tomar en cuenta la movilidad como dimensión de las prácticas lectoras que observé en los grupos de la biblioteca. Además, remite a una idea de la lectura como una práctica que se encuentra en constante movimiento y que se fusiona con otras prácticas que van cambiando también a lo largo de las trayectorias que se recorren durante el tiempo en que las personas leen. No es únicamente la práctica lectora la que se encuentra en esta

situación de movilidad, sino que los mismos textos se mueven a través de diversos espacios, soportes, tiempos y usos.

En el caso de los grupos observados, tanto con los libros de la biblioteca como con los propios, las personas se hundían en su actividad y se adaptaban a las condiciones del espacio de la Vasconcelos. En este espacio, a veces lleno, a veces medio vacío, la gente se apropiaba del entorno que ocupaba y construía en él un lugar para leer. Según Rockwell (2001, p.12) el historiador francés Roger Chartier propone que “el proceso de apropiación siempre transforma las prácticas culturales y los significados, según cada contexto”. Para el caso de las prácticas de lectura en la Vasconcelos, esta perspectiva podría interpretarse también a partir de lo que Kell propone como “un nuevo paradigma”:

“...en su sentido más común el lenguaje es producido y estudiado en existencia del contexto. La construcción de significados se dibuja en el seno de los contextos. Sin embargo, esta definición está en crisis dada la rápida conectividad, las redes, la movilidad. Por ello, se necesita un nuevo paradigma para abordar la superdiversidad. Este paradigma se lleva a cabo a través de un lenguaje en movimiento que se conceptualiza a través de la proyección de contextos”.

Kell se refiere a la superdiversidad en el sentido manejado por Jan Bloomaert (2011), como concepto que permite mirar la complejidad de la realidad lingüística pensando a la lengua siempre como una pluralidad; desde esta perspectiva, fue posible desplazar la idea de las ‘comunidades lectoras’ como relativamente homogéneas y estables, y dar paso más bien a pensar al contexto y las trayectorias tanto de lectores como de textos como parte de esta superdiversidad.

3.3 Los grupos clave: *Los primos, El Bacho 2 y El taller de filosofía*

En mis recorridos por los pasillos de la biblioteca, pude reconstruir por lo menos parcialmente estas trayectorias en el caso de tres grupos. Con ellos, establecí relaciones de mayor confianza y duración, que abrieron la posibilidad de tomar en cuenta la movilidad en el tiempo y el espacio. En el caso de *Los primos* y el de los chavos del *Bacho*

2 tuve la oportunidad de observar sus actividades en dos sábados por la tarde. Grabé sus voces en audio, hice registros de observación y tomé fotografías, y además seguí en comunicación con algunos integrantes vía las redes sociales. En el caso de *El taller de filosofía*, asistí a cinco sesiones los martes con duración de dos horas, de 17:00 a 19:00, participé en las actividades y tomé algunos registros, además de conversar con la tallerista y con algunos integrantes.

Seguir a estos y otros colectivos me abrió la posibilidad de mostrar algunas características que poseen los grupos para realizar alguna tarea y vincularlo con la lectura. Sin embargo, cada grupo tenía modos de organizarse particulares y se iban modificando según las necesidades que requerían como la elaboración de materiales, la redacción de textos como síntesis, resúmenes o mapas conceptuales o la extracción de información específica sobre algún tema. Describo brevemente cada grupo, para luego analizar las dimensiones comunes que observé en sus prácticas lectoras.

3.3.1 *Los primos en la biblioteca*

El primer grupo, al que nombro *Los primos*, estaba integrado por dos jóvenes universitarios que fueron a la biblioteca Vasconcelos por primera vez con el propósito de realizar una investigación bibliográfica sobre arte prehispánico para la tarea de uno de ellos: Alejandro, quien era estudiante de segundo semestre de Historia y Sociedad Contemporánea en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Él venía acompañado por su primo Alexis, quien estudió Letras Españolas en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco; hacía unos meses se había titulado de su licenciatura y estaba en el proceso de búsqueda de trabajo. A simple vista, parecía que tenían una buena relación.

Desde el inicio de nuestra conversación, Alexis tomó la palabra y se mostró interesado por la investigación que yo estaba realizando en la biblioteca. Alejandro fue mucho más tímido pero se involucró en la plática que sostuvimos después de que ellos finalizaron su tarea. Además de la carrera en Historia Contemporánea, Alejandro comentó que tomaba cursos de pintura y serigrafía y estaba interesado en las artes plásticas. Ambos

vivían al oriente de la Ciudad de México, en la delegación Iztapalapa (Registro de campo sábado 9 de mayo 2015).

3.3.2 *Los chavos del Bacho 2*

El segundo grupo al que le di seguimiento era mucho menos homogéneo, pues durante su actividad la cantidad de participantes varió; en algunos momentos el grupo estuvo integrado por alrededor de entre cinco y siete jóvenes, aunque el número osciló a lo largo de la jornada entre que algunos llegaban y otros se iban. Sin embargo, los que se mantuvieron estables en los trabajos de organización durante el día fueron dos hombres y dos mujeres: Ramón, Juan, Pati, Gina y Pedro, un chico que no pertenecía al equipo pero que los acompañó durante toda la tarea. También estaba con ellos Emilio, hermano de Gina y quien evidentemente era más joven, de unos 14 años. Hubo otros chavos que estuvieron intermitentes en el grupo pero no se vincularon con la elaboración de la tarea. El número máximo de integrantes fue de siete y hubo algunos momentos en que sólo una persona se quedó en la mesa cuidando las cosas mientras los demás iban y volvían.

Todos los miembros del grupo excepto Emilio acudían al bachillerato en el plantel 2 Cien Metros “Elisa Acuña Rossetti” localizado en el norte de la Ciudad de México, en la Unidad Lindavista de la colonia Industrial Vallejo en la delegación Gustavo A. Madero y estudiaban el sexto semestre de preparatoria. En la grabación ellos se refieren a su escuela como “El Bacho 2” por lo cual nombraré al grupo de esta forma para facilitar la lectura de este texto.

A diferencia de Los primos, ellos iban a la Vasconcelos por mandato de la profesora de la materia de Derecho, quien los envió específicamente a realizar la tarea de investigación y a tomarse algunas fotografías en el inmueble para demostrar que sí habían ido a la biblioteca (Registro de campo sábado 23 de mayo 2015).

En grupos como estos, algunos usuarios sólo iban en un principio como acompañantes como Alexis (que iba con su primo) y Emilio (que acudió con su hermana), pero dadas las circunstancias, se introdujeron y vincularon en la tarea aunque carecieran de la responsabilidad por realizar el trabajo. Sin embargo, se adaptaron a la práctica de

estudio y búsqueda de información que en ese momento se llevaba a cabo para recoger libros, platicar de las necesidades temáticas, buscar información, localizar el material, anotar lo que obtenían de los libros y seleccionar lo que serviría para llevarse a casa.

3.3.3 El taller de filosofía

Durante diferentes periodos del año la biblioteca Vasconcelos impartía talleres de lectura en donde se abordaban distintas temáticas para diversos públicos. Haber participado en un taller de filosofía cuando realizaba mi trabajo de campo también me ayudó a notar la importancia de la interacción entre las personas alrededor de los textos, así como la relación que establecían en cada sesión con la cultura escrita.

El taller de filosofía tuvo una duración de seis sesiones de las cuales asistí a cinco. El curso fue anunciado mediante redes sociales y con carteles pegados en la biblioteca, era gratuito y sólo requería una inscripción previa para poder participar.

El grupo estaba conformado por una cantidad casi similar entre mujeres y hombres; El número de participantes varió entre 15 y 35 personas, todas adultas. Fue posible distinguir dentro de este grupo dos rangos de edades, los de entre 17 y 30 años y los que eran mayores de 30. Sin embargo, esta distinción de edades entre los participantes no se notaba en la dinámica de grupo, pues no se hicieron formaciones por edad ni se crearon subgrupos como suele suceder en otras agrupaciones.

Las personas que integraban el taller eran bastante distintas: en su mayoría eran gente adulta y parecía que llegaban a la biblioteca después de trabajar, pues algunos iban con uniformes con el bordado de alguna institución, como un señor que portaba un saco con el logotipo del Servicio del Metro de la Ciudad de México, hombres que usaban sacos muy formales; algunas mujeres que también se mostraban con atuendos de trabajo, o como Aristeo, quien era dueño de un negocio muy cercano a la biblioteca y se ‘escapaba’ para ir a los talleres de la Vasconcelos. Pero también había quien lucía más casual y los más jóvenes que vestían de manera un poco más desenfadada. Quien moderó el curso fue Alejandra Quiroz. Ella trabajaba en Servicios Educativos de la biblioteca y estudió

filosofía. En algunas ocasiones mencionó que ya había impartido clases antes y que le gustaba mucho hacerlo, aunque la filosofía no fuera valorada en las escuelas.

Previo a la hora del taller yo acostumbraba a dar una vuelta por la biblioteca y en varias ocasiones observé que las personas que iban al taller también hacían uso del acervo y otros servicios de la Vasconcelos. Varios eran visitantes recurrentes, algunos tomaban libros para préstamo a domicilio o asistían a otros talleres y actividades. De igual forma, Alejandra comentó sobre los asistentes al taller que eran personas autodidactas o protoautodidactas, que cultivaban sus pasiones en la biblioteca. Para ellos, comentó Alejandra, la biblioteca era el espacio de cultivo de saberes, pues los usuarios tenían credencial de la biblioteca, y si no estaban en los talleres, estaban en las computadoras o en el acervo, y eran protagonistas de su aprendizaje. No delegaban eso a nadie, no esperaban que les diera permiso o que otros les marcaran el camino, sino que ellos tomaban las riendas. Aunque quizá sí buscaban a alguien que pudiera orientarlos en esos saberes (Entrevista AQ martes 25 enero, 2017).

En las dos primeras sesiones Alejandra nos dio la oportunidad de escoger el lugar donde tomaríamos el taller. La primera sesión en la que participé fue en el jardín a petición de los compañeros, pero el lugar después de dos horas resultó incómodo y frío. Después se propuso que trabajáramos en un salón con más privacidad y todos aceptaron. Alejandra nunca dispuso la forma en que debíamos sentarnos, pero de manera automática el grupo se conformaba en un círculo y si alguien llegaba tarde hacíamos varios movimientos hasta que los impuntuales se integraban. El salón donde nos ubicamos en las últimas sesiones fue el B de usos múltiples en la planta baja. Las sillas eran cómodas y contaban con una paleta que se podía abrir y cerrar para escribir o poner cosas si era necesario.

3.4 Los textos a través de sus soportes

Los que asistían en grupo, algunas veces hacían uso de varios elementos materiales a través de los cuales giraba la conversación, pues eran notorias las reuniones alrededor de una guía de estudio, un engargolado con ejercicios matemáticos, de química o de física. Junto a los cuadernos, las plumas y los papeles sueltos también era recurrente observar

muchos dispositivos electrónicos como teléfonos celulares, tabletas, ipads y laptops que acompañaban el trabajo de investigación y también en algunas ocasiones eran utilizados para leer textos electrónicos. Muchos usuarios hacían uso de los celulares para reproducir música y escucharla a través del uso de audífonos.

Todos estos aparatos tecnológicos servían para comunicarse entre los compañeros y a veces ponerse de acuerdo para la realización de la tarea, para anotar y reproducir la información obtenida en algunos textos vía fotografía o en formatos que tenían la capacidad de reenviarse como pdf o word. La gran cantidad de herramientas electrónicas que acompañaban y eran partícipes de la práctica lectora dotaban a esta de un carácter heterogéneo, cambiante, movable y con múltiples aristas que se adecuaban a la forma en que se hacía uso de la lectura. De esta forma, en la biblioteca no se leía un solo objeto, sino varios soportes que se mantenían en consonancia con diversos elementos que se iban tejiendo entre sí.

Y para escribir, crear o realizar otras actividades junto con la lectura los objetos que acompañaban a los usuarios eran muy variados. Algunos trasladaban los materiales que utilizaban en los salones de clases al espacio de la biblioteca; era común observar las anotaciones sobre la tarea o datos de algún libro o tema en libretitas, cuadernos u hojas blancas tamaño carta, incluso folletos o propaganda pues la gente siempre buscaba dónde anotar. Tampoco faltaban las herramientas para escribir: algún lapicero, un lápiz, gomas, sacapuntas o cualquier cosa que ayudara a anotar los hallazgos del camino. También junto a todo esto había bolsitas de dulces como gomitas, papas, termos con café o té y botellas de agua o refresco. Se usaban objetos para construir maquetas o llevar a cabo láminas para exposiciones escolares: tijeras, pegamento, maskintape, correctores, lápices de colores, plumones, separadores de plástico y algunos otros objetos de papelería. También calculadoras, hojas de cálculo o tarjetas tamaño fichas bibliográficas para hacer anotaciones.

En las mesas de trabajo de la Vasconcelos que ocupaban los colectivos se podían observar libros para hacer la tarea de asignaturas específicas, sobre todo de matemáticas, física y química, traídos por jóvenes que se pasaban mucho tiempo practicando ejercicios en estas guías y con una forma de trabajo muy ordenada, pero a veces también eran visibles

algunos libros que acompañaban a los usuarios no relacionados con la tarea o el estudio, pues más bien era bibliografía para la recreación, el placer o la curiosidad.

El libro que se leyó durante las primeras sesiones del taller de filosofía provenía de la Vasconcelos y se llamaba *¿Qué es la filosofía?* de Pierre Hadot. Alejandra llevó todos los libros que tenía del acervo y los utilizamos en el taller en parejas o tríos. Había posibilidad de que la gente se llevara el texto a su casa bajo préstamo a domicilio, pero de doce libros disponibles sólo se llevaron cuatro y algunos más bien prefirieron fotocopiarlo o leer el texto en una tableta. El soporte digital era bien aceptado dentro del grupo de filosofía, pues aunque no todos tuvieran una computadora o un teléfono celular para leer en pantalla, a algunos les gustaba la idea de que hubiera la posibilidad de imprimir o fotocopiar algunos textos que estuvieran en línea, sobre todo las personas mayores que manifestaban que no tenían conocimientos sobre las cuestiones digitales.

En una ocasión, Alejandra nos dijo que utilizaríamos “un libro que era inconseguible” pero que ella lo mandaría por correo electrónico y en formato PDF. Pero después también hizo la acotación de que trataría de conseguir fotocopias para quien no leyera en pantalla (Registro de campo martes 3 de marzo de 2015).

El uso de teléfonos celulares, tabletas o ipads también era notorio en el taller. En una ocasión me tocó sentarme junto a una mujer que parecía estar muy entretenida revisando su teléfono celular y que parecía que ponía poca atención a los comentarios de los demás, así tuve la posibilidad de ver lo que revisaba y hacía durante la clase. En varias ocasiones, tenía abierto el Facebook, el Whatsapp o veía fotos, pero ese día decidió participar en la clase. En ese momento, en su teléfono celular se veía la aplicación para celular del diccionario de la Real Academia Española de la lengua, y a lo lejos pude ver que se leía el significado de la palabra “idolstrar”. Leyó varias veces la acepción antes de hablar y posteriormente lo hizo. Quizá esta mujer sí estaba distraída usando el teléfono, pero también este aparato le ayudó a planear su discurso y a conectar lo que escuchaba con algo que ella quería expresar (Registro de campo martes 3 de marzo de 2015).

Asistir al taller de filosofía en la biblioteca para varios usuarios implicaba un trabajo comprometido con la clase, por eso llevaban varios objetos que se relacionaban con la cultura escrita. Las personas llevaban libros traídos de sus casas, casi como acompañantes,

pues no eran utilizados en el taller. Por ejemplo, una de las participantes más jóvenes siempre llevaba consigo *Moby Dick* de Herman Melville; Aristeo llegaba con muchos papeles en sus manos. Este hombre llevaba las fotocopias de las lecturas que teníamos que revisar y varios libros en una bolsita verde con el logo de la librería Educal llena de libros que transportaba a la biblioteca durante todas las sesiones. Aristeo llevaba también hojas blancas tamaño carta con sus apuntes en impreso. Utilizaba diferentes tamaños de tipografía, las hojas estaban numeradas y el texto era a renglón seguido. Parecía que la información provenía de Wikipedia, porque aún traía la marca de edición de copia directa de la página a un documento en formato de Word.

Sobre esto, a Alejandra le sorprendía el nivel de compromiso que tenían los asistentes en cuanto a la preparación previa para el taller. Ella comentó que casi todos leían para la sesión, y la mayoría hacían subrayados del texto y sus notas, sobre todo resúmenes. “Me llama mucho la atención porque es algo muy escolar, pero es algo que ellos hacían para sostener su aprendizaje, tenían unas técnicas bastante buenas, que ni mis alumnos tenían. Tuve una satisfacción muy grande en el taller porque era gente que genuinamente quería saber, y en mis clases, a mis alumnos les valía” (Entrevista AQ martes 24 de enero 2017).

La mirada en el libro, en la computadora, en el Facebook, en la fotografía o en la ilustración; el espacio, el ruido y los otros usuarios que tenían diferentes soportes para leer: libros, cuadernos, apuntes, hojas sueltas, teléfonos celulares, pantallas de la computadora, laptops, ipads. Estos elementos se fusionaban, complementaban y ayudaban a recrear y mantener un espacio diverso en donde cada elemento se afianzaba en las distintas tareas que se iban a realizar a la biblioteca.

Los múltiples portadores de textos usados en la biblioteca Vasconcelos para la lectura eran elementos que apoyaban y enriquecían pero también conectaban y confrontaban la práctica lectora, pues ya no bastaba con lo que decía el libro si se tenía la posibilidad de comparar con alguna página de internet o con algunos otros textos bajados de la red.

Alejandra comentó que se creaba una suerte de “tejido de saberes” en donde varios elementos coincidían a la hora de la práctica lectora y su discusión. Ella refirió a

esta acción de acudir a otros soportes como “irse a otros lados”, y estos otros lugares eran por ejemplo, el uso de diccionarios, otros libros, a la curiosidad por saber quién era tal o cual autor o a la búsqueda de frases que estuvieran acorde al texto que se estaba leyendo, con la intención de que toda esta información remitiera hacia algo más y se pudiera compartir a la hora que hubiera diálogo en el grupo (Entrevista AQ martes 24 enero 2017).

3.5 La reproducción de los textos

Una de las cosas valoradas por los usuarios de la Vasconcelos era la posibilidad de reproducir los textos y llevar consigo los fragmentos de lo que obtuvieron en su visita. A un lado de las primeras entradas al segundo nivel se encontraba el área de fotocopiado, en donde una o dos personas atendían a los que esperaban su turno para copiar los textos que obtenían de la biblioteca, pero también para fotocopiar apuntes, documentos como credenciales de elector o alguna otra cosa que se tuviera la necesidad de reproducir.

Por ello, muchas personas recurrían al uso de la fotocopidora, de las fotografías a los textos o de la copia a mano para reproducir algunos fragmentos de los libros. También los que usaban las computadoras y el internet copiaban y pegaban algunas partes que leían en línea y lo hacían generalmente en una plantilla de correo electrónico o en el programa Word para mandárselos a ellos mismos por correo. También, pero con menor frecuencia, la copia del archivo en memorias USB.

Alexis y Alejandro pasaron un buen rato revisando los libros que habían escogido del acervo. Gracias al formato de algunos de estos textos como *Mesoamérica, arte y antropología* y *La pintura mural prehispánica en México* los jóvenes sostuvieron conversaciones en torno a las ilustraciones de estos libros y a Alejandro le surgió la inquietud por fotocopiar este último completo, pues consideraba que le serviría para la elaboración del ensayo que tenía que realizar.

Alejandro: mira (señala una ilustración del libro) lo aglutinante en la pintura estos sujetos eran muy buenos

Alexis: (se ríe) y sí va a servir para la exposición?

Alejandro: pues espero que sí

Lapso de silencio

Alejandro: y si mejor fotocopio todo el libro?

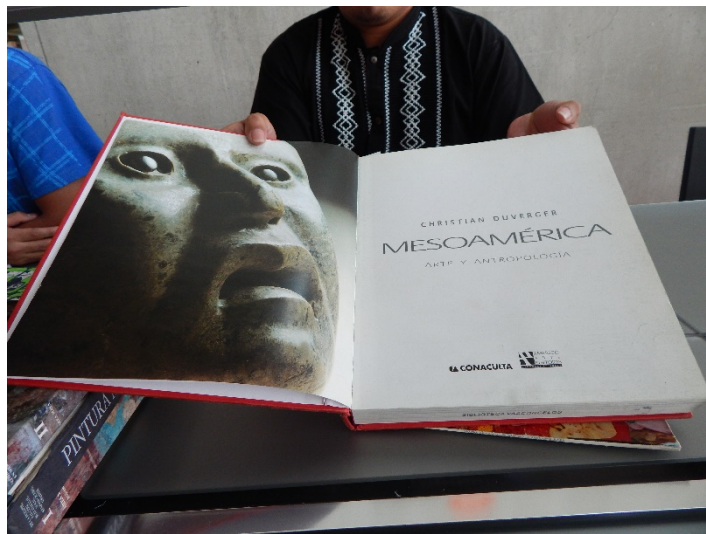
Alexis: de veras? (sorprendido)

Alejandro: pues sí, porque tiene que ver mucho con las estructuras de cómo la pintura, la composición, mira (sigue señalando al libro)

Alejandro: mira, cómo se llama eso? la sección aurea?

Alexis: ajá

Alejandro: es así como una especie de plano, pero de todo del cuerpo humano de cómo estaba constituido



Libros de gran formato

Cuando Alexis y Alejandro terminaron el proceso de exploración de los libros seleccionados y habían apartado la información, tuve la oportunidad de acompañarlos y realizar este proceso. Bajamos al área de fotocopiado, había un poco de gente, más o menos entre 10 y 12 personas antes que nosotros pero todas con muchos libros que al parecer iban a fotocopiar. Casi todos eran jóvenes y la mayoría iban acompañados, había parejas y grupos de amigos en toda la fila. Era notorio que mientras unos esperaban, otros recorrían la biblioteca para seguir buscando información o pasear, y se turnaban para ir y venir por la biblioteca. En este proceso, las personas también se dividían el trabajo y tomaban roles para ahorrar tiempo y terminar más pronto la tarea.

Alexis bromeó diciendo que con nosotros se iban a tardar muchísimo. La intención de Alejandro era sacar aproximadamente unas cien fotocopias de todo el material que habían seleccionado previamente. Alexis y yo tuvimos curiosidad de cuánto dinero tendría que pagar por esas reproducciones y llegamos a la conclusión de que serían aproximadamente 50 pesos, tomando en cuenta que la fotocopia costaba 50 centavos en el servicio de fotocopiado de la Vasconcelos.

Con dos turnos antes de nosotros, Alexis se dio cuenta que el número máximo permitido para sacar por persona era de 50 fotocopias y tenían que tomar la decisión rápidamente de elegir qué sí fotocopiaban y qué no. Finalmente esa decisión la tomó Alejandro (el responsable de la tarea), quien adecuó el número. Le pregunté si tenía que exponer toda esa información y me comentó que sólo era para un trabajo escrito, que el profesor le había solicitado ocho cuartillas, pero que él iba a “leer todo eso”. Para Alejandro, llevarse las fotocopias a su casa era de suma importancia. Todo esto a pesar de que su trabajo era relativamente breve en cuestión de número de cuartillas. Cuando fue su turno, la señorita encargada le preguntó a Alejandro que si las imágenes también y él asintió. Finalmente, este proceso terminó y tardamos alrededor de 50 minutos en conseguir las fotocopias.

Aun cuando los jóvenes habían terminado el proceso de búsqueda de información, se enfrentaron de nueva cuenta a la selección y descarte de sus textos estando formados en la fila para las fotocopias. Su lectura tomó otra forma, se transformó en el movimiento de las necesidades que el momento exigió. Alejandro se enfrentó al descarte de una selección ya planeada de número de páginas a copiar para hacer una nueva selección en la que tardó aproximadamente dos minutos.

3.6 El tráfico de los libros

La práctica lectora tiene relación con la espacialidad en donde se lleva a cabo la acción. Además, como apunta Rockwell (2001, p.15) “la materialidad también incluye la disponibilidad, por eso uno puede preguntarse dónde se encontraban los materiales, quiénes controlaban su lectura o en qué espacio se leían normalmente”. En la Vasconcelos

la relación de los usuarios y los libros podría presentarse como una actividad móvil, que se iba adecuando a las necesidades, al estilo, al espacio y el momento en que se encontraba el usuario que realizaba la visita a la biblioteca. Por eso, la elección del material de lectura constituía una parte importante para la labor de exploración y finalmente de la lectura, tomando en cuenta que:

La búsqueda de información es una actividad de solución de problemas en la que intervienen varios factores o elementos: un buscador de información, un problema o necesidad informativa, un área de conocimiento, un sistema de búsqueda y un conjunto de resultados, todos y cada uno de los cuales influyen en los demás y en el resultado final del proceso de búsqueda. (Fernández, 1997, p. 28).

Eran muy variadas las trayectorias de los usuarios para llegar a los libros deseados, pues algunas veces la casualidad era lo que imperaba para que la gente decidiera por algún u otro texto, pero en otras ocasiones era la ayuda de los bibliotecarios, de los acompañantes o de otros usuarios lo que permitía que el transitar por la biblioteca fuera a través de un camino mucho menos sinuoso.

Al tomar en cuenta que “las necesidades de información no suelen ser algo perfectamente definido al principio del proceso de búsqueda, sino que tienen en realidad un carácter dinámico, de manera que van sufriendo modificaciones a medida que el usuario interactúa con el sistema” (Fernández, 1997, p. 28), me fue posible observar algunas trayectorias de usuarios que llevaron a cabo un proceso de búsqueda desde el uso de los catálogos digitales hasta encontrar los materiales deseados.

Una familia compuesta por papá, mamá y el hijo adolescente estaba en el número 900 según la catalogación Dewey correspondiente al área de Geografía e Historia. El señor era ya mayor y se encontraba sentado muy cerca del acervo observando lo que hacían la mujer y el adolescente. Desde su lugar comenzó a platicarles sobre un libro que observaban la mujer y el joven, y les dijo señalando: “ese pertenece a la colección *Sepan Cuantos*, de Porrúa, esos son buenos”. Aunque el señor no estaba frente al acervo, sí los acompañaba en ese proceso de exploración, comentando a partir de lo que los otros estaban viendo. Al parecer, el señor compartía con la señora y el adolescente los

conocimientos que poseía sobre la calidad de las editoriales. Después, la señora tomó un libro del acervo llamado *Titulares*, lo revisó por un rato y lo llevó con ella.

Era probable que lo fotocopiaran, o que lo llevaran consigo como préstamo domiciliario, pero la señora únicamente tomó el libro y lo paseó a lo largo de su recorrido, para finalmente dejarlo en el carrito de las devoluciones. El libro acompañó a la familia durante el recorrido por la biblioteca, a pesar de no haber sido reproducido ni sacado de la Vasconcelos. La primera impresión que daban es que estaban buscando algo en específico, pero más bien realizaron una exploración por gusto, sin necesidades temáticas específicas; sin embargo, el paseo a la biblioteca se convirtió en un buen pretexto para hacer valer uno de los derechos que posee todo lector según Daniel Pennac, el cual consiste en buscar libros, abrirlos en cualquier lugar y hurgar en ellos pequeños trozos, lo que él llama “picotear” (Pennac, 2006). Esta acción podía ejercerse con facilidad gracias a los acervos abiertos disponibles para cualquier usuario.

Como en los casos anteriores, eran comunes las visitas para hacer alguna tarea escolar. Y no únicamente eran familias con niños quienes realizaban estas búsquedas, sino también había una gran variedad de grupos de jóvenes y de adultos quienes se acompañaban para realizar una investigación encargada por alguna instancia escolar.

Un ejemplo de ello es la búsqueda que realizó una joven acompañada de su papá. En principio, la chica hizo una inspección visual alrededor del espacio que la rodeaba. Se formó detrás de una persona para poder utilizar la computadora y hacer la búsqueda en el catálogo de la biblioteca. La chica anotó los códigos que necesitaba y que iban apareciendo según su búsqueda. A pesar de la fila que había detrás de ella y del tiempo invertido para esta acción que fue de aproximadamente cinco minutos, se mostró ágil en este proceso. Sin embargo, no en todos los casos era así, pues como comenta Kuhlthau, “la búsqueda de información, especialmente en sus primeras etapas, está llena de incertidumbre, confusión y ansiedad” (Kuhlthau citado en Fernández, 1997, p. 28).

La chica tomó unos minutos más para poder observar el mapa dispuesto por la Vasconcelos para facilitar la ubicación del acervo. Al parecer, conocía los espacios de la biblioteca pues dudó poco para moverse en el lugar. Buscó entre el acervo los títulos que necesitaba y el papá seguía revisando su teléfono celular. A pesar del acompañamiento

del padre, fueron pocos los diálogos que mantuvieron y parecía que el señor en este caso no estaba muy involucrado en la investigación.

Después de terminar la búsqueda, ambos fueron a las mesas del tercer piso con tres o cuatro libros en las manos. La joven tomó asiento en una de las mesas que estaba frente a Ciencias Sociales. En este lapso invirtió en la búsqueda aproximadamente de 15 a 20 minutos. Finalmente, se sentó en una de las mesas a recuperar la información que posteriormente fotocopió.

3.7 El acompañamiento lector

Muchas personas se acompañaban de otras para su visita a la biblioteca, ya fuera para hacer tarea, alguna investigación o simplemente para pasear por las instalaciones de la Vasconcelos. Este tipo de acercamiento con la lectura y que se producía en grupo se entrelazaba también con prácticas de muy diversa índole que hacían que quienes no estaban interesados previamente por una tarea, un libro o una actividad, terminaran involucrándose y empapándose de otro tipo de situaciones de lectura.

Por ejemplo, una mujer y tres niñas estaban muy concentradas hojeando y leyendo algunos libros tomados de la biblioteca. Estaban en el primer piso sentadas en el suelo, las tres niñas tenían sobre la mesa libros infantiles tomados del acervo y la mujer tenía revistas y libros de tejido, manualidades y de croché. Junto a todo esto, estaban los cuadernos y algunos lápices de las niñas a un lado, como esperando a ser utilizados para la tarea, pero mientras tanto, las cuatro estaban concentradas leyendo cada una, un libro de la Vasconcelos (Registro de campo martes 7 de abril 2015).

Era probable que este grupo de niñas junto con su mamá hubieran asistido a la biblioteca para realizar la tarea escolar. Pero el tiempo que invirtieron en esta visita no se restringió a buscar información para la tarea, sino que la mamá también se dio la oportunidad de leer algo más allá que lo relacionado con la tarea. A veces, las personas

elegían o exploraban otro tipo de textos que no correspondían específicamente a las necesidades temáticas que llevaban de primera mano.

Algunos grupos se conformaban por los responsables de la tarea y por personas que eran acompañantes, como Alexis (que iba con su primo) y Emilio (que acudió con su hermana). En ambos casos estos jóvenes se vincularon con el grupo y la tarea, aunque carecieran de la responsabilidad por realizar el trabajo. Se adaptaron a las circunstancias del momento de distintas formas y con otro tipo de prácticas que se relacionaban con la cultura escrita. Desde picotear libros, platicar de las necesidades temáticas, buscar información, localizar el material, anotar lo que obtenían de los textos y seleccionar lo que serviría para llevarse a casa, hasta tomar fotografías y reproducir la información que iban encontrando ayudándoles a sus compañeros.

Existía así una gran variedad de trayectorias de lectura, que, como sugiere Kell (2011), a partir de diversas circunstancias estas se intersectaban a través de distintas personas, edades, géneros, necesidades temáticas y diversos gustos literarios y por necesidades diversas, como la tarea escolar o un interés personal, como en el caso de la mamá leyendo revistas de croché.

Por ejemplo, cuando estaban aproximadamente a la mitad de su trabajo y después de haber seleccionado los textos que utilizarían para su tarea, los jóvenes del Bacho 2 comenzaron a ordenar los libros sobre la mesa y fotografiaron las pastas de los libros para llevarlas como prueba a la profesora de que habían cumplido con la visita a la Vasconcelos. Para fotografiarlos, acomodaron los libros de una forma muy ordenada, esta acción me llamó la atención y les pedí que tomaran algunas fotografías también con mi cámara, así que se las di, regresé a mi lugar y ellos continuaron el trabajo. Llama la atención que en estas imágenes, un libro queda descartado, uno que en la imagen se logra ver como *México 2000, Antecedentes históricos*.



Fotografías tomadas por el Bacho 2

- *La familia en el derecho. Derecho de familia y relaciones jurídicas familiares.*
- *La suplencia en el derecho procesal familiar. Fuero común-fuero federal.*
- *Introducción al derecho y lecciones de derecho civil.*
- *Familia, género y antropología. Desafíos y transformaciones.*
- *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica.*
- *300 preguntas y respuestas sobre derecho de familia. Análisis doctrinal; Legislativo y Jurisprudencial.*

La lista anterior corresponde a los libros que ellos ordenaron y seleccionaron para ser fotografiados para su tarea y para ser mostrados a su profesora, pero mientras el grupo del Bacho se concentraba en ordenar y tomar las imágenes, Emilio, el hermano menor de Gina estaba junto a ellos leyendo dos libros del *Récord Guinness*, que también pertenecía a la biblioteca pero que no fueron fotografiados por el Bacho, aunque en alguna fotografía sí aparecen junto a los otros.



Libros del *Guinness World Record 2005* entre los libros para la tarea

Mientras todo el grupo se concentraba tomando las fotografías, Emilio se mantuvo cerca de ellos leyendo el libro que se había encontrado un rato antes de que se acomodaran en la mesa. Este mismo chico, Emilio, durante el periodo en que los chicos del Bacho hacían la tarea, hizo varios recorridos alrededor de la biblioteca. La primera vez llegó con los libros del *Récord Guinness*, pero en una segunda vuelta, volvió con un libro de recetas de cocina. Al parecer, a Ramón le pareció gracioso que hubiera tomado uno de cocina para hojearlo mientras los otros hacían la tarea, pero Gina defendió a su hermano, que en silencio, sólo pasaba las hojas con un ritmo considerable observando las imágenes de cada platillo. La hermana un poco enojada le dijo a Ramón que no molestara a su hermano, porque él también se encontraba estudiando.

Esta lectura visual, rítmica y silenciosa que llevaba a cabo Emilio fue puesta a la par por Gina que la misma acción que ellos estaban haciendo. Estudiando, leyendo y revisando los libros. Fue curioso que su hermana asumiera lo que estaba haciendo Emilio

como una forma de estudio, pues aunque no tenía ninguna responsabilidad para con el equipo, él decidió incluirse en la atmósfera de lectura que imperaba en ese momento entre los jóvenes.



Emilio leyendo

El contacto entre los responsables de la tarea y los acompañantes era constante en la biblioteca. En el caso anterior, Gina comentó que había llevado a su hermano porque su mamá le había pedido que no lo dejara solo en casa, ella tenía que cuidarlo y por eso fueron juntos. Muchas situaciones similares tenían lugar en este espacio. Y no únicamente en los grupos que iban a hacer una tarea de investigación sucedía esta práctica de acompañamiento en donde se vinculaban otras personas al trabajo de lectura. Muchas familias lectoras se ponían en contacto con los libros. Las parejas de novios que visitaban la biblioteca haciendo paseos por las instalaciones, los grupos de amigos o un sinfín de colectivos relacionados de manera bastante diversa hacían de esta práctica algo recurrente

en la Vasconcelos.

En el caso de Los Primos, en un momento de la conversación, Alejandro le preguntó a Alexis “qué era la opacidad” y se cuestionó que si era lo mismo que el término *mate* y Alexis aseveró la suposición de su primo. Este tipo de preguntas sobre conceptos era común entre algunos grupos de gente que observé. Generalmente eran preguntas que provenían de algún concepto encontrado en un libro, y generalmente daba la respuesta la persona con conocimientos más avanzados, o acudían al diálogo tipo lluvia de ideas para resolver las dudas.

Alejandro se preguntó si “los de esa época usaban la profundidad” y él mismo logró contestarse leyendo en voz alta un fragmento de un libro que estaba consultando. A partir de esto, mantuvieron un diálogo en donde Alexis le preguntó si tenía que ver con la profundidad refiriéndose a las técnicas pictóricas y Alejandro le contestó según lo que él entendía por profundidad. Para esto, mencionó al muralista mexicano José Clemente Orozco, tratando de describir una pieza del pintor y con ello explicar lo que entendía por profundidad.

Alejandro: tenían profundidad?

Alexis: profundidad? dice aquí que *la profundidad crea cosas distintas en las formas de los diversos contornos que crean efectos expresivos* (lee en voz alta)... ah, pero profundidad en cuanto a técnicas de la pintura, no?

Alejandro: yo... profundidad lo entiendo como lo que hacía este... Orozco que vez que cuando pintaba así como una cúpula... se veía un sujeto, no recuerdo cómo se llama pero se ve desde que está así como saliéndose, y el muro, pero así como con los pies y su cara o su cabeza, está más así como hacia el lado, como si se estuviera estirando...

En otro momento, Alejandro volvió a cuestionar a Alexis sobre otro término que visualizó en las pinturas de los libros. Esta vez habló sobre la sección áurea. Alejandro de nueva cuenta le explicó el término a partir de un ejemplo tomado del cuerpo humano. Su explicación fue breve y Alejandro continuó la anotación de las páginas que les servirían para su trabajo. Alexis le recomendó a Alejandro algunas formas en que podía exponer

ante el grupo su trabajo. Le dio consejos sobre la delimitación de su tema e hizo hincapié en que su trabajo no hablaba de arquitectura, sino sobre muralismo.

3.8 La lectura en grupo: del diálogo a la autorreflexión

Al ser la lectura una actividad que puede ser compartida en grupo, lo que se piensa, se siente o se sabe da pie para que algunas veces surja un diálogo en torno al texto. Las pláticas que giraban alrededor de lo leído eran una de las cosas que al parecer más disfrutaban los participantes del taller de filosofía. Las personas platicaban a partir de lo que la gente entendía o pensaba de las lecturas y parecía que les gustaba la circunstancia de escuchar y ser escuchados cuando tomaban la palabra.

Cuando los asistentes del taller estaban más concentrados era cuando de algún tema surgían una serie de comentarios que iban siendo conectados a través del discurso de la clase. A veces había pláticas que no necesariamente giraban en torno a los textos, y se centraban más bien en aspectos de la vida cotidiana: el tráfico, la contaminación o el clima, temas que de alguna forma abrían conversaciones pero que no profundizaban más, como sí sucedía cuando había de por medio un texto por el cual dialogar.

Cuando alguien comenzaba a comentar algún texto, parecía que despertaba otro tipo de actitud en su hablar. Los que participaban asumían hasta un tono más serio, su lenguaje era pausado y aunque nerviosos, trataban de construir un discurso que fuera entendible para quienes estábamos presentes. Mientras los otros escuchábamos algunos tomaban notas, observaban bien concentrados a quien tenía la palabra o perdían la vista en otro lugar.

En la tercera sesión del taller de filosofía, Alejandra comenzó la clase haciendo una recomendación para que viéramos un video en internet de un filósofo argentino, Darío Sztajnszrajber (el apellido lo anotó en el pizarrón) quien en ese país realizaba una labor de divulgación de la filosofía. Después de eso, Alejandra nos repartió unas fotocopias con la figura de un cuadro del pintor Rafael. A partir de esta imagen, comenzaron las participaciones de algunas personas, por ejemplo, un señor comentó que él ya había visto antes esa pintura en el metro de la ciudad.

Después Alejandra nos pidió que tratáramos de interpretar la imagen, y para ello, el primer comentario de un hombre que llevaba unos audífonos colgados al cuello fue citando un libro de un escritor mexicano, Pablo Boullosa, y se refirió a él como “el de la dichosa palabra”, un programa semanal de televisión en donde se abordaban diversos temas muy cercanos a la cultura escrita y donde se presentaban libros, autores y curiosidades etimológicas. El texto era *Dilemas clásicos: para mexicanos y otros supervivientes*. Este hombre con audífonos dijo que “aunque era un libro de divulgación, el texto era interesante”.

Ya más entrados en la sesión, Alejandra lanzó la pregunta sobre quién le tenía miedo a la muerte. Inmediatamente, pareció ser una pregunta que emocionó a los participantes, porque una lluvia de comentarios surgió en el diálogo del grupo. Lo interesante fue que muchas de las menciones surgieron a partir de referencias de libros, anécdotas de la infancia o tratando de explicar algunos conceptos.

Durante la discusión algunos comentaban anécdotas más personales, como la muerte de algún pariente y también asumían la voz de quien pronunciaba la frase, mencionaban algunas como: “recuerdo a mi papá que decía yo quiero morir de día porque me da miedo morir de noche”. Pero también algunos participantes citaban de memoria a algunos autores, como a Franco Volpi, quien decía que “la muerte te sorprende haciendo lo que más te gusta”.

Este tipo de momentos para enunciar frases, fragmentos o pedazos breves de los textos fue descrito en una ocasión por una mujer que trataba de hacer una comparación entre los libros de filosofía y los de superación personal, diciendo de los primeros que en ellos te podías encontrar “las frases que te pescan y que te agarran”.

La conversación no se separaba del tema expuesto en el texto. En una ocasión, todo el grupo hojeaba y hojeaba las páginas de los libros, las hojas sueltas de las fotocopias o pasaba el índice de arriba abajo en las tabletas tratando de encontrar un pasaje que alguien mencionó que le había gustado y que quería leer al grupo.

El texto como tercer elemento era como mencionó una mujer en otra sesión, “algo que hablaba”, pues los participantes citaban textualmente y en voz alta fragmentos que se

iban encontrando en los textos y que les llamaba la atención. Esto ocurría a menudo en el grupo del Bacho 2 y el de Los primos, ya que también el libro era considerado por sus elementos físicos, pues hasta en él se señalaban párrafos mencionando casi el cuadrante exacto de donde se encontraba la información “arriba del tercer párrafo, el tercer renglón, abajito”.

El texto era un elemento más que participaba en este diálogo de saberes sobre la materia de Derecho en el caso del Bacho, anécdotas o discusiones sobre problemas filosóficos en el taller de filosofía o dudas estilísticas sobre la pintura en el caso de Alexis y Alejandro. De cada texto había una lectura de recogida, que aunque fugaz, daba pie para llevar más allá a las personas al diálogo y la introspección. Alejandra también comentaba sobre este tipo de lecturas y la importancia del texto para reunir saberes y ponerlos en marcha que era una forma de interacción que potenciaba a partir de un texto los diálogos entre las personas, pero también incitaba a la autorreflexión.

Para mí era muy claro, cómo era este ir y venir que se iba tejiendo. Llegando a conclusiones y cuestionando lo circundante, el contexto, aquí dice tal cosa... cuando leímos por ejemplo el de la *Desobediencia civil*, ahí surgió mucha polémica... con lo de las asambleas, lo que somos, cómo nos comportamos. Esa parte, el libro y las lecturas incidían en su propia existencia, pero además en su relación con los otros. Es que mi familia es de esta manera, pero yo no, porque para mí es más importante... esto o lo otro (Entrevista AQ martes 24 de enero, 2017).

El libro como objeto material de características definidas: tridimensional, con un peso, una fachada y ciertos elementos, daba pie para que el acercamiento a él fuera de distintas formas, siempre más allá de sus rasgos constitutivos. En la biblioteca, no únicamente era el objeto-libro el que se utilizaba, sino que el soporte del texto variaba entre libros, revistas, dispositivos electrónicos y fotocopias. Muchas veces los diferentes soportes textuales eran el vehículo por el cual surgía el diálogo entre las personas que acudían a la biblioteca, ya fuera para pedir información, preguntar una referencia bibliográfica, algún consejo de lectura o el comentario del libro en turno.

En otra ocasión, mientras estaba sentada en una de las mesas dispuesta en el segundo nivel casi junto al acervo, presencié muy de cerca la conversación entre dos hombres desconocidos entre sí que surgió gracias a la duda de un hombre sobre un libro para aprender japonés. Un señor caminaba por los pasillos de la biblioteca cuando se detuvo para acercarse a otro joven que estaba sentado en una mesa leyendo un libro tipo manual para aprender esta lengua, la portada era notoria y se veía a simple vista entre las manos del joven. El señor lo abordó, al parecer sin ninguna pena, y lo primero que hizo sin presentarse o saludar fue preguntarle al muchacho que si el libro que estaba leyendo era de la Vasconcelos, como queriendo encontrarlo él también. El joven no se sintió molesto de que el hombre lo abordara, a pesar de que estaba muy concentrado en la lectura que estaba realizando, e inmediatamente le respondió que podría encontrar ese texto en la biblioteca central de la UNAM.

A partir de esta duda sobre la localización del libro para aprender japonés dentro de la biblioteca, estos dos hombres entablaron una conversación en la que el señor que abordó primero le explicó al joven que a su sobrina le gustaba mucho todo lo que tuviera que ver con Japón, así como las cosas que estuvieran en japonés y que hasta quería aprender a hablar este idioma. Por eso, este hombre que tenía entre 40 y 45 años, le dijo al muchacho de aproximadamente 20 años que todo lo que encontraba de la cultura japonesa lo anotaba para después buscarlo o pasarle la información a la sobrina para que ella lo localizara. De esta forma, el señor anotó en un papel que sacó de su maletín la bibliografía del libro y algunos otros títulos más sobre la cultura japonesa, agradeció la ayuda del joven y se despidió. El muchacho retomó la lectura en silencio poco después (Registro de campo miércoles 11 de marzo de 2015).

Las conversaciones y los encuentros que se daban alrededor de la lectura, los libros y las tareas en este espacio eran bastante recurrentes y de distintas naturalezas, pues en la biblioteca Vasconcelos convivían todo tipo de personas con edades, escolaridades, necesidades y gustos muy distintos entre sí, pero que algunas veces confluían en situaciones como la anterior, que sin querer, derivaban en una forma de acercarse a los libros producida en una situación no premeditada. Quizá después de este encuentro entre los dos hombres, la conversación que se llevó a cabo en la Vasconcelos derivó en la

recomendación bibliográfica del tío a la chica interesada por la cultura japonesa. A pesar de no estar presente físicamente, esta información sobre el libro viajó hasta llegar a la destinataria final, quien se vio beneficiada de esta conversación.

Este tipo de encuentros imprevistos por los propios usuarios ayuda a mostrar una pequeña parte de la cotidianeidad de la biblioteca y su idoneidad para que existan conversaciones fugaces sobre literatura, autores, manuales, consejos de lectores más experimentados o el apoyo en la elaboración de tareas escolares.

3.9 El encuentro de muchas voces en un camino horizontal

En una conversación previa a que iniciara la sesión en el taller de filosofía, un hombre le preguntó a Alejandra por el filósofo Fernando Savater, pues quería saber “si era bueno”. Alejandra le contestó que “no todo Savater era bueno”, pero que ella recomendaba *Ética para Amador* o *Ética de urgencia urgente*. Le comentó que también había otro tipo de libros de filosofía, “más de divulgación como el *El mundo de Sofía*, de Jostein Garder”. Alejandra le comentó que estos libros funcionaban como textos introductorios a la filosofía. Así comenzaron un intercambio de recomendaciones bibliográficas donde el hombre le sugirió a Alejandra al escritor mexicano autor de novelas Óscar de la Borbolla, y también le recomendó un ebook de la editorial Educal que se llamaba *¿Para qué sirve la filosofía?* Así la conversación entre ambos continuó en un ir y venir de varias referencias de programas de televisión, videos en YouTube y algunos otros libros.

Estos diálogos en torno a la cultura escrita no podrían definirse como una simple conversación sobre libros. Este compartir era dinámico; es decir, había una conversación en la que dentro de los grupos, echaba a andar sus experiencias como lectores, y de acuerdo a eso, cada uno aportaba desde sus propios conocimientos algunas recomendaciones bibliográficas, pero también daban explicaciones de conceptos o etimologías, entre las mismas personas de los grupos resolvían algunas dudas temáticas o se apoyaban entre sí para resolver algunos problemas para comprender palabras o conceptos.

La lectura en este espacio se observó como una actividad que unía a las personas a través de la interpretación y el diálogo entre significados (no necesariamente compartidos) a partir de la lectura de textos como en el caso del taller de filosofía. En este sentido, Blumer propuso al interaccionismo simbólico para ocuparse del significado y lo conceptualizaba como “el fruto del proceso de interacción entre los individuos. El significado que una cosa encierra para una persona es el resultado de distintas formas en que otras personas actúan hacia ella en relación con esa cosa” (Blumer, 1982, p. 4).

En la interacción de las personas que integraban los grupos y que compartían la lectura, el significado no emanaba únicamente de la información contenida en el texto o únicamente de lo que pensaba cada individuo, sino que se producía en otro estrato en un diálogo incluyente que pasaba a una fase de interpretaciones y reinterpretaciones sobre lo que el material contenía en sí. Tanto para quien funge como mediador, acompañante, asesor o como mera compañía, como para los escuchas, los interesados en una tarea, en un texto o para los simples curiosos, esta interacción se mantenía en un juego permanente en el que el conocimiento era moldeado a través de muchas voces. No únicamente se servían de ello quienes buscaban el conocimiento de la filosofía, el derecho o la pintura, sino que todos tenían la posibilidad de recurrir a su voz con la experiencia lectora de cada uno. Alejandra, como mediadora del taller de filosofía se posicionaba así:

A veces me quedo con muchas inquietudes, aquí se movían otras cosas que incidían directamente en la realidad y en la cotidianidad de las personas y eran procesos que yo también estaba desarrollando. Por ejemplo, me ayudó a ser un poquito más clara. Yo no lo había visto de esta manera, como a corroborar mis propios saberes como reconocer la responsabilidad que tienes con otros seres humanos. Esa responsabilidad de trabajar con otras personas. Ver esa disposición a saber y reflexionar a partir de ello, y aunque había cosas que yo ya había leído, regresaba a releer (Entrevista AQ martes 17 de enero, 2017).

Posicionarse y saberse también incluido en estas interacciones era parte de la importancia de la lectura compartida en la Vasconcelos. Entre Alexis y Alejandro fue muy importante la ayuda que el primo licenciado en letras le brindó para poder seleccionar y obtener la información de los libros que previamente habían seleccionado del acervo. Pero más allá

de que la información le hubiera servido o no, para este par de primos lo importante fue poder mantener un diálogo en torno a la necesidad temática que tenían de primera mano; es decir, poder platicar mientras se buscaba información en los libros, mientras los revisaban y observaban sus imágenes permitió a ambos jóvenes retroalimentarse de una gran cantidad de temas que fueron saliendo a la par que leían algunos fragmentos en voz alta, o también cuando leyendo en silencio, cada uno inspeccionaba alguna sección específica, o como los chavos del Bacho y en el taller de filosofía, una lectura comentada.

Alexis me dijo que si yo hubiera llegado un poco antes a verlos me hubiera tocado una buena conversación sobre lo que cada uno entendía por arte. Alexis comentó que platicaba mucho con su primo y que se le hacían interesantes los “procesos dialécticos” que mantenían entre ellos. Alexis me dijo que no sabía si eso de platicar y conversar era un método muy anticuado, porque ya casi nadie lo usaba, y aunque él se refirió a sí mismo como ignorante en el área de la pedagogía, creía que servía mucho dialogar con su primo y en general con la gente (Registro de campo sábado 9 de mayo 2015).

En una ocasión, un hombre tomó la palabra en el taller de filosofía. Él era de edad ya avanzada y cuando hablaba, parecía que le costaba trabajo poder pronunciar fluidamente las palabras. Sin embargo, comenzó diciendo: “el ser humano quiere ser inmortal” y después comentó que esa idea la había leído ya en muchos libros. Para conectar su discurso, complementó con algunas frases religiosas y mencionó a Jesús como figura histórica. Hizo una larga lista de referencias bíblicas y lo que implicaba ser filósofo. Sus intervenciones eran muy largas, pero él se tomaba el tiempo para pensar, para recordar las frases que iba a citar (varias de memoria) o se tomaba un pequeño lapso para que los demás le pusieran atención.

A veces parecía que le iban a ganar los nervios por no articular rápidamente las palabras, pero después de unos segundos continuaba. En este tipo de situaciones, los compañeros del taller no se mostraban ansiosos porque terminara su participación; al contrario, había un clima de escucha atenta por lo que el señor estaba diciendo. Esto también sucedía en otros eventos de la biblioteca, ya fueran conversatorios con intelectuales, científicos, clases de computación, bibliotecas humanas o conciertos, si bien había algunos momentos de tensión en algunas otras reuniones, existía un clima de

empatía que relacionaba a las personas a través de la escucha y el diálogo. Sobre esta circunstancia, Alejandra comentó:

En el caso de este señor, en conferencias, en talleres nunca he visto que la gente se desespere por su problema de lenguaje, no dice, ay este señor, ya que acabe. Casi no hay intervenciones como para terminarle la frase, como sí sucede en las clases tradicionales. En las clases te completan la frase, como esta onda muy poco solidaria, porque hay que cumplir un ritmo. Aquí no sucede eso (Entrevista AQ martes 24 de enero 2017).

La idea de la no escolarización de la biblioteca provocaba un sentido de horizontalidad en donde cada persona, sin distinción de género, edad, profesión o grado escolar tenía la posibilidad de adentrarse en estos colectivos rodeados por la práctica lectora, que a veces fugaces, como los chicos del Bacho o Los primos que aprovecharon un sábado por la tarde para hacer la tarea, se adentraron en un lugar impregnado de otras trayectorias de lectura: movibles, fugaces, a veces estables, preparadas o no pero que seguro algo les dejaron.

Conclusiones

Todo espacio es propicio para leer si se tiene la voluntad de hacerlo, pero las bibliotecas son lugares ideales para la lectura pues están destinadas para ello. Esto implica que la forma tradicional de observar a estos lugares también se está transformando, y ahora, más allá de la carga simbólica que tiene la acepción *biblioteca*, los ejemplos presentados en esta tesis dan cuenta de que la Vasconcelos es utilizada como espacio para la práctica lectora, pero también puede considerarse como un lugar que brinda posibilidades para todas las actividades que acompañan a la lectura.

Si consideramos el espacio bibliotecario por sí mismo como un lugar para el conocimiento, en la biblioteca se promueve y potencia estas acciones en pro del saber. En el espacio, se pone a disposición la información contenida en los libros, pero también se comparten y experimentan saberes con otras personas que tienen el ansia de aprender. Por ello, la gente aprovecha las posibilidades de compartir y conseguir este tipo de conocimientos gratuitamente.

En esta tesis, he dado cuenta de las múltiples formas en que la Vasconcelos, en la época en que la conocí, era un lugar que permitía y propiciaba diferentes formas de contacto con la cultura escrita que rebasan las lógicas conocidas sobre el uso del espacio bibliotecario. Ya sea por razones intelectuales, emotivas, sociales, culturales o laborales, es un lugar que se brinda con apertura para que sus usuarios hagan de él el uso que mejor les convenga. Esta investigación muestra cómo esta configuración va más allá de lo tradicionalmente conocido como los *templos del saber*, traspasando lógicas inesperadas que han surgido como un trabajo conjunto entre quienes se encargan de dirigir la gran nave que es la Vasconcelos y quien se ha animado a zarpar en la aventura que significa apropiarse de este espacio.

La flexibilidad en el uso y las oportunidades de llevar a cabo un sinfín de actividades hace un lugar propicio para prácticas que no entran al catálogo ya conocido de las bibliotecas tradicionales. Es de suma importancia la política de uso y la visión de promoción a la cultura escrita que se lleva a cabo en este lugar. Imaginar a la biblioteca Vasconcelos como un proyecto cultural de alto impacto dado el número de usuarios que

recibe diariamente, se relaciona directamente con las nuevas formas de pensar los espacios de y para la modernidad.

Mucho se ha hablado sobre la desaparición del libro y de las bibliotecas, pero proyectos como el de la Vasconcelos apelan a que esta discusión va en un sentido inverso a esta idea de que en un futuro el lugar para almacenar y acceder a la información sólo estará inmerso en los soportes digitales. Como un brazo más para la cultura escrita, la Vasconcelos es un lugar en donde se puede compartir historias, relatos, películas, la ciencia o la cotidianeidad.

En la Vasconcelos se puede gozar de estar solo, pero también brinda la posibilidad a los usuarios de relacionarse en una multiplicidad de actividades. A través de la gente que día a día va a este lugar a *encontrar cosas* una biblioteca alterna se está gestando por las historias de quien transita por este lugar y que se engranan en el tiempo: la biblioteca de la vida cotidiana, de las conversaciones, de aprender nuevas cosas, de los autodidactas y de los que se miran a la cara para platicar. Espacios como estos nos invitan a reformular también cómo nosotros, los usuarios, tomamos de estos centros culturales nuevas formas de relacionarnos con la cultura escrita, pues la biblioteca Vasconcelos no es únicamente a un espacio físico, sino que su trayectoria de crecimiento también proviene de los modos en que este lugar es utilizado y transformado por sus usuarios.

Dentro de las puestas en marcha por el equipo de la biblioteca Vasconcelos para llevar a cabo este proyecto cultural, se encuentran los usuarios que dotan a la biblioteca de una constante reinvencción, pues día a día se llena la Vasconcelos de personalidades particulares. ¿Qué sería una biblioteca sin usuarios? Libros dormidos esperando despertar.

Una de las cosas presentadas en esta investigación es que la gente está yendo a la biblioteca y que las políticas de implementación de actividades culturales de esta naturaleza responden también a una necesidad de las personas por acercarse a espacios gratuitos, que brinden la posibilidad de conectar y compartir una multiplicidad de prácticas que en otros lugares casi serían imposibles de realizar para algunas personas: el acceso a los libros, a equipos de cómputo, al uso libre de las instalaciones para cualquier persona, préstamos de libros e instrumentos musicales, y también el contacto a la par con los otros.

Mi análisis de los datos construidos durante el trabajo de campo dan cuenta de que el acceso abierto a los recursos de la biblioteca promueve una mayor socialización entre las personas que recurren a la Vasconcelos como un lugar especializado para llevar a cabo actividades relacionadas con la lectura y la escritura. La práctica de lectura en grupo es un síntoma de que en espacios en donde se promueve la lectura, la gente se impregna de la necesidad de compartir y recibir saberes. Desde una lectura que es individual, y que recoge el silencio y la concentración, hasta la necesidad de llevar esos conocimientos que se tienen en la frontera de uno para compartirlos con los otros. La Vasconcelos se ha convertido en un lugar para compartir, debatir y promover lo que he llamado en esta tesis colectivos lectores.

La apertura a los diversos soportes textuales, tanto de los usuarios como de los que ofrece la Vasconcelos, es importante en la conformación de las prácticas y los *procesos de apropiación* en un doble sentido: tanto los usuarios que logran apropiarse del espacio bibliotecario, como de la apropiación y el contacto más cercano con el hábito de leer. Ir a la biblioteca implica acercarse a los libros, pero también reconocerse en un lugar que da acogida a una diversidad de prácticas que rebasa las lógicas tradicionales de uso de las bibliotecas.

Anteriormente mencioné a la Vasconcelos como un ente vivo. Sólo es posible hacer esta afirmación si se lee a la biblioteca más allá del uso tradicional de su materialidad y sus espacios. La forma en que un lugar tan heterogéneo se va escribiendo no es únicamente por las prácticas que se observan sino por la inventiva de quien ve un lugar lleno de posibilidades para ejercer en él espacios para la lectura, como otra forma de ver el mundo a través de los repositorios de la información, no únicamente contenida en los libros o en Wikipedia, sino en la que de boca en boca se va construyendo un entramado de saberes.

La visión de un proyecto, las acciones, los sucesos y las puestas en marcha de proyectos individuales y colectivos que acontecen en este espacio son lo que trastoca y modifica el ir y venir habitual en la biblioteca. Los otros usos (por ejemplo los espejos como salón de baile) dan cuenta de que la Vasconcelos no sólo es una biblioteca donde suceden cosas poco comunes, sino que también se lee de manera poco común, la lectura suele ser un acto de “leer acompañado”. En esta época que cada vez hablamos menos y

tecleamos más, la biblioteca se abre como la oportunidad de encontrarse con otros para dialogar.

A la biblioteca Vasconcelos no sólo va la gente a leer libros sino que acude a ella para hacer muchas cosas más, entre ellas, a hacer lo que en teoría está prohibido en otras bibliotecas, hablar. Esto demuestra que leer en una biblioteca no es algo que sólo se pueda hacer sentado en una silla y frente a un escritorio, sino que es algo que también puede suceder al dialogar con los demás.

Las actividades analizadas en esta tesis dan cuenta de la creciente convicción de que la lectura no únicamente es un mecanismo cognitivo, individual y solitario, sino que como actividad colectiva se entreteje con las recomendaciones e interpretaciones de otros que provocan nuevos significados a través de la compartición de la lectura y los libros. Leer en la biblioteca no implica exclusivamente encontrar la bibliografía correcta y luego pasar los ojos por las letras que hay en las páginas para encontrar la información que se desea. Leer en la biblioteca (y hacerlo en grupo) es de hecho una práctica mucho más amplia y más compleja. Para los chicos del Bacho 2, implicó por ejemplo, convencer a los reacios Ramón y Pedro de leer en ese lugar y en ese momento; implicó también ponerse de acuerdo sobre lo que merece ser leído y lo que debería ser fotocopiado e implicó tratar de persuadir a Gina y Pati de la importancia de ahorrar tiempo y esfuerzo.

Las actividades que ofrece la biblioteca como los talleres de fomento a la lectura, las charlas informativas sobre diversos temas o las presentaciones de libros también fomentan la conformación de colectivos en donde la gente tiene aún la capacidad de escuchar, y se anima también a decir lo que piensa y siente. Esta disposición es notable, pues en esta época de celulares y pantallas, hacen falta espacios para hablar y escuchar. En una biblioteca uno puede fingir muchas cosas, incluso aparentar estar leyendo, lo que no se puede fingir es la convivencia. Y convivencia es lo que sucede en la Vasconcelos, muchas veces a partir de las prácticas lectoras en grupo. Por ello, las experiencias colectivas, en los grupos de lectores de los que hablé en el capítulo 3, dan cuenta de la importancia de la dimensión social de la lectura en espacios tan heterogéneos como la biblioteca Vasconcelos.

La práctica de lectura en grupo brinda esta oportunidad de mantener diálogos de cualquier naturaleza, y qué mejor cuando estas conversaciones vienen acompañadas de un

tercer intermediario de por medio, los textos. Ese “tejido de saberes” en la biblioteca es quizá el camino por el cual Teseo, perdido en el laberinto del Minotauro, logró salir victorioso.

Durante el trabajo de campo en la Biblioteca Vasconcelos, pude acompañar y registrar diversas prácticas de lectura, pero es imposible hablar de cada una por separado y referirse a ellas como actividades aisladas. Al constatar estas formas en que leían los colectivos, pude apoyar la conclusión de que leer no implica una única acción, sino que siempre es una actividad múltiple, movable, fugaz, de la que se va y viene, de la que se habla, se descubre y se vuelve a recurrir a la soledad. Esto concuerda con las teorías recientes que retoman la perspectiva de diversidad y movilidad para analizar la actividad lectora, así como las trayectorias tanto de lectores como de textos, como propone Kell (2011).

El texto es considerado así como elemento fundamental para la práctica de lectura en grupo e implica un diálogo que da pie para ir hacia la introspección. La lectura en grupo enlaza y potencia los saberes y los pone en marcha, pero hace regresar a cada lector a la autorreflexión. Estas lecturas compartidas también tienen la capacidad de recrear un ambiente de cuestionamiento, sobre el contexto de cada persona y sus experiencias de vida, y cada quien con esa experiencia va recreando esta práctica que posiblemente conectará con alguien más.

La biblioteca es un lugar de empatía. Es decir, un lugar donde la gente tiene la posibilidad de expresarse, compartir y aprender a partir del diálogo de muchos saberes que, reunidos en la biblioteca como el gran contenedor de información, la Vasconcelos es un punto de inicio y a veces también de llegada que deriva en muchas otras actividades, lo cual implica varias formas de apropiación de la cultura escrita.

A pesar de haber hecho sola los recorridos por la biblioteca, considero que fui en este proceso una lectora acompañada, pues las pistas para transitar por este lugar, desde las redes sociales hasta el diálogo con los usuarios, los empleados y el personal administrativo. Ellos hicieron de esta experiencia una práctica de lectura compartida que me ayudó a leer a la biblioteca a través de múltiples aristas. Desde la lectura silenciosa e individual realizada durante los dos años de la maestría, hasta la escritura de descripciones y el posterior comentario de mis compañeros y de mi asesora. De las voces escuchadas en

los pasillos de la biblioteca sobre temas tan variados como extraños, de la posibilidad de entender que una de las cosas que sirven para ser un buen lector, es la compañía.

En el cuento de Jorge Luis Borges “La biblioteca de Babel” (1944) se vaticina que después de extinta la especie humana, la biblioteca perdurará: “*iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta*”. Pero la tarea para nosotros, los lectores, será mantenernos ávidos de conocimiento y mantener vivos espacios de esta naturaleza. Que siga la Vasconcelos iluminada, pero nunca solitaria, que su movimiento sea infinito para perderse una y otra vez y haya algo nuevo cada día, que se haga y deshaga al ritmo de los pasos de quien la recorre y de las páginas hojeadas con su rítmico palpitar del ojo móvil de los lectores. Que permanezca siempre armada de volúmenes preciosos, de libros infantiles, de pantallas de celular, de libros extraños y computadoras, de gente que comparta la lectura.

Referencias

(2013, junio). Red Nacional de Bibliotecas Públicas. México: Secretaría de Cultura. Recuperado de:

http://www.rednacionaldebibliotecas.gob.mx/info_detalleRed.php?id=53#.WI_SEZpEmyJ

Adrià, M. (2007) El arca y el jardín en Garcés, (coord.) *Biblioteca Vasconcelos*. México, Consejo Nacional para la cultura y las Artes.

Barton, D. y Hamilton, M. (2004) La literacidad entendida como práctica social en V. Zavala, (coord.) *Escritura y sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. Perú, Red para el Desarrollo de la Ciencias Sociales en el Perú, pp. 109-139.

Blumer, H. (1982) La posición metodológica del interaccionismo simbólico. *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*. Barcelona: Hora.

Chartier, A. M. (2004) *Enseñar a leer y escribir. Una aproximación histórica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Chartier, A. M, y Hébrard, J. (1998) *Discursos sobre la lectura (1880-1980)* España: Gedisa Editorial.

Chartier, R. (2010) Aprender a leer, leer para aprender. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de <https://nuevomundo.revues.org/58621>

Fernández, J. y Peis, E. (1997) Búsqueda dinámica y exploratoria: el browsingen, los catálogos en línea. *Investigación Bibliotecológica. Archivonomía bibliotecología e información* 11 (22) Recuperado de

<http://www.revistas.unam.mx/index.php/ibi/article/view/3844/3397>

Foucault, M. (1999). Espacios otros. Versión. *Estudios de comunicación y cultura*, 9, pp. 15-26.

García, N., Gerber, B, López, A. et. al (2015) *Hacia una antropología de los lectores*. México: Paidós, Fundación Telefónica, Universidad Autónoma Metropolitana. Recuperado de: http://www.fundaciontelefonica.com/arte_cultura/publicaciones-listado/

Garrido, F. (2007) “La casa de todos” en Garcés, *Biblioteca Vasconcelos*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Goldin, D. (2016) 10 años de la biblioteca Vasconcelos. Entrevista con Daniel Goldin. *El bibliotecario. 10 años de la biblioteca Vasconcelos*. México: 14 (101) Recuperado de: <http://vasconceloslibrary.tumblr.com/post/144578567142/n%C3%BAmero-101-de-la-revista-el-bibliotecario-dedicado>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2006). *Encuesta Nacional sobre Prácticas de Lectura 2006*. Revisado el 4 de diciembre 2014. Recuperado de http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/continuas/sociales/ENPL/ENPL_2006/ENPL_2006.pdf

Kalman, J. (2003, enero/abril) El acceso a la cultura escrita: la participación social y la apropiación de conocimientos en eventos cotidianos de lectura y escritura. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 17 (8). Revisado el 4 de diciembre, 2014. Recuperado de: <http://www.comie.org.mx/v1/revista/portal.php?idm=es&sec=SC03&sub=SBB&criterio=ART00362>

Kell, C. (2013) ‘Ariadne’s thread: Literacy, scale and meaning making across time and space.’ In Stroud, C. and Prinsloo, M. *Language, literacy and diversity: Moving Words*. Routledge: London and New York. Recuperado de: https://www.tilburguniversity.edu/upload/c310f2a1-594b-4b19-9c38-c99ae0f6d72f_TPCS_81_Kell.pdf

López, T. (2016) Cómo leer una biblioteca: gramática de la potencialidad. *El Bibliotecario. 10 años de la biblioteca Vasconcelos*. México: 14, (101). Recuperado de: <http://vasconceloslibrary.tumblr.com/post/144578567142/n%C3%BAmero-101-de-la-revista-el-bibliotecario-dedicado>

Ortega Cortez, F. P. (2006) *Las prácticas de lectura en la biblioteca pública en el municipio de Chalco, estado de México, un acercamiento a las trayectorias de los lectores*. Tesis doctoral, Departamento de Investigaciones Educativas, Cinvestav. México, DF.

Parada, E. (2015) Editorial “Espacialidad y bibliotecas. Reflexiones sobre una breve tipología del espacio bibliotecario” en *Información, cultura y sociedad*/33, Argentina: diciembre.

Pennac, D. (2001) *Como una novela*. Barcelona: Anagrama

Petit, M. (2006) *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rockwell, E. (2009) *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Argentina: Paidós.

Rockwell, E. (2005). La apropiación, un proceso entre muchos que ocurren en ámbitos escolares. *Memoria, conocimiento y utopía*. Barcelona-México: Ediciones Pomares y Sociedad Mexicana de Historia de la Educación (Somehide) pp. 28-36.

Rockwell, E. (2001, enero/junio) La lectura como práctica cultural: conceptos para el estudio de los libros escolares. *Educação e Pesquisa* 27 (1). Revisado el 4 de diciembre 2014. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/298/29827102.pdf>

Rosenblatt, L. (2002) *La literatura como exploración*. México: Fondo de Cultura Económica.

Salaberria, R. (2016) “Cosas que pasan en la Vasconcelos” en *El Bibliotecario 10 años de la biblioteca Vasconcelos*. México; Año 14, número 101, mayo-julio 2016. Fecha de consulta: 24 de julio 2016. Recuperado de:

<http://vasconceloslibrary.tumblr.com/post/144578567142/n%C3%BAmero-101-de-la-revista-el-bibliotecario-dedicado>

Vinent, M. (1999). Arquitectura y bibliotecas. *Educación y bibliotecas*. España, pp. 48-50.

Entrevistas y audios

Entrevista a Alejandra Quiroz, martes 24 de enero de 2017, séptimo piso biblioteca Vasconcelos

Grabación de audio de Alexis y Alejandro, sábado 9 de mayo 2015, tercer piso biblioteca Vasconcelos.

Grabación de audio de El bacho 2, 23 de mayo 2015, tercer piso biblioteca Vasconcelos